

CRISTIANDAD



INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO

BARCELONA
Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22 24 46

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

M A D R I D
Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 22 62 08

Suscripción { Anual . . . 100 ptas.
Semestral . . . 50 »
Trimestral . . . 25 »

Número ordinario 5 ptas.
Encuadernar. 25 »
Tomo encuadernado 125 »

Publicaciones **CRISTIANDAD**

OBRAS PUBLICADAS:

Al Reino de Cristo
por la devoción a su Sdo. Corazón
Documentos pontificios.

Edición castellana 30 pesetas
Edición latino-castellana 45 pesetas

Catolicismo o Barbarie

Hacia la verdadera paz.
por José-Oriol Cuffí Canadell 35 pesetas

Emisaria de Cristo Rey

Sor María del Divino Corazón.
por el Rvdo. Luis Chasle, Pbro. 30 pesetas

Actualidad de la idea de Cristo Rey

Precio: 15 pesetas



DENTRO DE BREVES DIAS
APARECERÁ LA ESPERADA OBRA:

"LA SOBERANIA SOCIAL DE JESUCRISTO"

por el P. Enrique Ramière, S. I.

Publicaciones **CRISTIANDAD**

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - BARCELONA



Jamás en ninguna época del mundo han estado los hombres en su generalidad tan preparados como hoy en día para entender la doctrina religioso-político-social, programa del Reino de Cristo.

Pero, ¿no será de temer la consecuencia de nuestra sociedad, cuando se enfrente con su remedio y su bien? Y he aquí que viene en nuestro socorro a corroborar las esperanzas un nuevo elemento de fe. ¡La Providencia divina! ¡las promesas de Paray-le-Monial! ¡Reinaré a pesar de mis enemigos!

LEA LA OBRA RECIEN APARECIDA:

ACTUALIDAD DE LA IDEA DE CRISTO REY

Precio: 15 pesetas

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

Publicaciones **CRISTIANDAD**
BARCELONA

BIBLIOFILO:

Puedes adquirir la primera serie de fascículos de

Iconografía Española sobre la Asunción

telefoneando al número 22 24 46

o dirigiéndote a Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Barcelona

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION A SV SAGRADO CORAZON

SVMARIO

DEL TESORO PERENNE:

Como en la edad de oro de la Iglesia (págs. 292 a 296).

Breve Apostólico con el cual S. S. Pío XII proclama beato a su ínclito predecesor (págs. 297 a 300).

EL BIELDO Y LA CRIBA:

Ateísmo y humanismo, por Jesús Sainz Mazpule (pág. 302).

Donoso Cortés y su Centenario, por Santiago Calindo Herrero (págs. 302 y 303).

Catolicismo y laicidad, por R. C. V. (págs. 303 a 305).

COLABORACION:

Predicación de Santiago en España, por Terenciano Montero, O. M. I. (pág. 306).

BIBLIOCRAFIA:

Notas bibliográficas, por Luis Luna (pág. 307).

DE ACTUALIDAD:

De la Quincena religiosa, por Himmanu-Hel (págs. 308 y 309).

De la Quincena política, por Shehar Yashub (págs. 310 a 312).

ILUSTRACIONES

Plaza y Basílica de San Pedro (en la letra capital). — Plaza e Iglesia de Riese, la aldea natal de Pío X. — Pío X, cuando era coadjutor de Tómbolo. — Parroquia de Castelfranco, donde Pío X fué ordenado sacerdote, en 1858. — Interior de la Catedral de Mantua, ciudad de la que fué Obispo, desde 1884. — Escudo de S. S. el Papa, Pío XII. — La Madonna del Santuario delle Cendrole, Riese, (en la letra capital). — Pío X, cuando fué promovido al Cardenalato. — Plaza de San Marcos de Venecia. — Escudo de S. S. el Papa Pío X. — Retrato del Beato Papa Pío X.



«Su pontificado refulgió como en la edad de oro de la Iglesia...»

«Entonces se pronunció por vez primera ante el Mundo el nombre de Pío X. ¿Qué iba a significar este nombre para el Papado, para la Iglesia, para la humanidad?» (Discurso de S. S. Pío XII en la Plaza de San Pedro, la tarde de la beatificación de Pío X).

El hecho de la beatificación de Pío X invita a honda reflexión. Las virtudes heroicas y sobrenaturales del Pontífice aparecen como una garantía de sus directrices y de su acierto en el orden mismo de aquellas actuaciones a las que no se extiende el ejercicio de la infalibilidad ni, directamente, la fuerza objetiva de los principios racionales o revelados. «Ahora que el examen más minucioso ha escrutado a fondo todos los actos y las vicisitudes de su Pontificado; ahora que se conoce la trayectoria de aquellos sucesos, ninguna vacilación, ninguna reserva es ya posible... aparece manifiesto como todo su pontificado fué sobrenaturalmente dirigido según un Designio de amor y de redención, a disponer las almas para nuestras propias luchas y para asegurar nuestras victorias y las victorias venideras».

El proceso de íntimo robustecimiento de la Iglesia que claramente se manifiesta a lo largo del s. XIX. culmina en el Pontificado de Pío X, en el momento en que la llamada «crisis del s. XX» se inicia con toda su violencia material y espiritual.

El que fué «fidelísimo Secretario de Estado» de Pío X, Cardenal Merry del Val, narra el extraordinario ascendiente que ejercía su persona sobre quienes lo trataron de cerca. «¿Qué tiene este hombre, que atrae tanto?», le preguntaba, después de la primera recepción del Cuerpo Diplomático, el representante de Prusia, su Decano. Y sin embargo, el espíritu del mundo no le ahorró sus ataques. Su «solicitud pastoral por la libertad de la Iglesia, por la pureza de la doctrina, por la defensa del rebaño de Cristo»; su «iluminada prudencia, que no falta nunca en los Santos», chocó violentamente «con los engañosos postulados de la prudencia humana y terrena», provocando una tenaz oposición que no se detuvo ante el insulto ni las campañas de desprestigio. Se le llamó despectivamente — olvidando, sin duda, los modernos cánones democráticos — un «cura de aldea» que, como tal, no era extraño fuese

un «impolítico», bajo cuyas directrices — repetía todavía hace poco un semanario barcelonés — «un monseñor español, nombrado Secretario de Estado por influencias jesuíticas» «invirtió en pocos meses una situación» lograda y mantenida por el esfuerzo de sus predecesores desde el concordato de Napoleón.

Ni le secundaron suficientemente, en ocasiones, algunos en quienes «no siempre encontraba toda la comprensión y adhesión íntima que debería haberse esperado de ellos». «Miopes razonadores», no supieron hacer propia la elevación de miras del Pontífice, que «con su mirada de águila, más perspicaz y más segura que la de aquéllos..., veía el mundo cual era, veía la misión de la Iglesia en el Mundo, veía con ojos de santo Pastor cuál fuera su deber en el seno de una sociedad descristianizada, de una cristiandad contaminada o al menos insidiada por los errores de la época y por la perversión del siglo... con un sentido finísimo de las necesidades, de las aspiraciones, de las energías de su tiempo».

El Pontificado de Pío X, su elevación al honor de los altares, son una especial bendición de la Providencia para nuestro tiempo, sobre el que prodiga tan intensamente sus dones, sus llamadas, sus advertencias. «En Pío X se revela el arcano de la sabia y benigna Providencia que asiste a la Iglesia y por medio de ella al Mundo en todas las épocas de la Historia.»

La pregunta que espontáneamente debió de surgir en todos en el momento de su elevación al Pontificado: «¿Qué va a significar el nombre de Pío X?», puede tener ya hoy — a la luz de los años transcurridos, tan densos en trascendentales acontecimientos de orden natural y sobrenatural; y ante todo, a la luz de su propia beatificación — una clara respuesta:

«Por su persona y por su obra, Dios quiso preparar a la Iglesia para los nuevos y arduos deberes que los tormentosos tiempos futuros le reservaban.»

Toda la múltiple e intensa actividad pastoral, definida con frecuencia por ardientes y luminosas Encíclicas de Quien debeló el modernismo, impulsó la codificación del Derecho Canónico, fomentó la santidad del Episcopado y del Clero, llamó a los seglares a colaborar con la jerarquía, divulgó el conocimiento de la doctrina cristiana, llamó a los niños a participar del Banquete eucarístico y dió normas de actuación a la acción popular cristiana, queda resumida en estas frases:

«Preparar con oportunidad una Iglesia concorde en la doctrina, firme en la disciplina, eficiente en sus Pastores; preparar un laicado generoso, un pueblo instruído, una juventud santificada desde sus primeros años, una conciencia cristiana atenta a los problemas de la vida social.»

De todo ello es lícito concluir:

«Si hoy la Iglesia de Dios, lejos de retroceder frente a las fuerzas destructoras de los valores espirituales, sufre, combate y, por divina virtud, avanza y redime, se debe en gran parte a la acción languimirante y a la santidad de Pío X..., cuyo Pontificado refulgió como en la edad de oro de la Iglesia.»

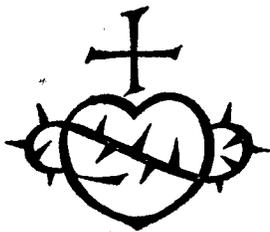
J. B. B.

INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO

Ya que al designio divino plugo colocar nuestra bajeza en tanta sublimidad de poder, cobramos ánimo en Aquel que nos conforta, y poniéndonos a la obra apoyados en la virtud de Dios, proclamamos no tener en nuestro Pontificado otro programa que éste: **Restaurar todas las cosas en Cristo** (Eph., 1, 10), para que **Cristo sea todo y en todo** (Coloss., III, 11).

No faltarán seguramente quiénes, midiendo con rasero humano las cosas divinas, buscarán escrutar cuáles sean las secretas miras de Nuestro ánimo, achacándolas a fines terrenos y a intereses de partido. Para hacer vana toda ilusión, decimos a éstos que Nós no queremos ser, ni con el auxilio divino seremos, ante la sociedad humana, mas que el Ministro de Dios, de cuya autoridad somos depositarios. Los intereses de Dios serán Nuestros intereses, por los cuales estamos resueltos a consumir Nuestras fuerzas y aun Nuestra vida misma. Por ello, si alguno reclama de Nós una consigna, que muestre la intención de nuestro ánimo, ésta daremos siempre y no otra: **Instaurare omnia in Christo**.

(Enc. «E Supremi Apostolatus», 4 octubre 1903.)



JULIO: Que la eficacia de la Acción Católica crezca por el crecimiento del fervor espiritual de sus miembros.

«Adveniat Regnum Tuum»

El Apostolado de la Oración pertenece plenamente a la Acción Católica

Pío XI decía, el 23 de septiembre de 1938: «Si alguna cosa pertenece propia y plenamente a la Acción Católica es el Apostolado de la Oración. Porque, ¿qué es Acción Católica? Nos la hemos definido desde el principio: «la participación y colaboración de los seglares al apostolado jerárquico». Ahora bien: en el apostolado jerárquico figura en primer término la oración. En la ordenación de sacerdotes y consagración de Obispos, los textos litúrgicos están dominados por este pensamiento: la oración debe ocupar en su vida el primer puesto.

Esto es tan cierto, que los mismos sacerdotes son constituidos tales precisamente para ofrecer al Señor el holocausto de la oración: la suya y la de todo el pueblo. Y puesto que el Apostolado de la Oración tiene la suerte de ser el más fácil el más poderoso de los apostolados y se ha desarrollado entre toda clase de personas, se coloca por su misma naturaleza en el ámbito del apostolado jerárquico y, por consiguiente, en el de la Acción Católica.»

Actividad organizada y espíritu

De dos cosas se compone necesariamente la Acción Católica: de actividad y de espíritu. Las dos son elementos necesarios; si falta uno, qué ineficaz el otro. Merece, sin embargo, en ciertos aspectos, el espíritu una peculiar atención, puesto que, siendo de más difícil adquisición, se le negligea con más facilidad. Por ello exhortamos este mes para que los miembros de la Acción Católica se imbuyan más y más de espíritu sobrenatural y apostólico, y dé así su apostolado mayores frutos. Esta intención, como se ve claramente, atañe a lo esencial del Apostolado de la Oración. Pues para esto nació: para promover, no sólo la oración apostólica, sino también el espíritu apostólico sin el cual poco valor tendría la oración apostólica.

¿Cómo puede, por consiguiente, el Apostolado de la Oración fecundar la espiritualidad de Acción Católica?

Espíritu de oración y de sacrificio

Como escribe el Sumo Pontífice en su carta al R. P. General de la Compañía de Jesús con ocasión del Congreso del Apostolado de la Oración tenido en 1948: «El Apostolado, tanto dista de consistir en unas ciertas oraciones, cuanto tiende, principalmente por su misma naturaleza, a proporcionar a sus asociados una forma perfectísima de vida cristiana, la oblación cotidiana si se realiza sinceramente, es un medio singular para hacer de toda nuestra vida una oración continua, y para cumplir cada día con mayor perfección lo que Cristo nos pidió al decir: «Es necesario orar siempre.» Como que, además, esta oración se hace en forma de oblación, es un medio efficacísimo para fomentar en nosotros el espíritu de sacrificio.

Toda actividad apostólica debe siempre nutrirse de este espíritu de oración y sacrificio. Pues este espíritu nos une con Dios, y de esta íntima unión aprendemos mejor a medir y juzgar las cosas humanas según el pensamiento y las intenciones de Dios, de modo que en la elección de las obras, métodos y medios apostólicos nos dejemos llevar del espíritu de Dios y no procedamos según las inclinaciones y reflexiones meramente humanas. La oración, principalmente cuando va unida al sacrificio, implorando la gracia de Dios, hace al mismo tiempo eficaces nuestros trabajos.

Espíritu de apostolado

Todo ejercicio continuado de la oración fomenta la vida interior y nuestra unión con Dios. La oración, empero, tal como la cultiva el Apostolado de la Oración, es especialmente apta para vivificar el espíritu apostólico y hacerlo más perfecto. Porque la oración que en nuestra Unión se hace, no se restringe a implorar la gracia de Dios por las propias necesidades, sino que abraza en primer lugar las grandes necesidades del Reino de Dios. De donde debemos orar en el Apostolado de la Oración según las intenciones del Sumo Pontífice, que es en la tierra el supremo Pastor de las almas y quien mejor conoce las necesidades que requieren remedio en la acción de la Iglesia. Oramos juntamente con una multitud de socios, los cuales todos quieren prestar a la Humanidad auxilio en las mismas vicisitudes. Finalmente, con el sacrificio cotidiano y asiduo, cobra vigor aquel espíritu de sacrificio que da fuerza, fortaleza y perseverancia para recibir trabajos por la propagación del Reino de Dios.

Queda manifiesta para todos aquellos que colaboran en la Acción Católica la gran importancia de que se llenen del verdadero espíritu apostólico. Pues solamente aquellos que sienten con Cristo y con la Iglesia, aquellos cuyo corazón se complace de las necesidades espirituales y materiales del prójimo, están dispuestos a trabajar por Cristo y por las almas sin tener en cuenta ninguna consideración humana. Y solamente donde está vivo el amor a Cristo y a su Iglesia, perseveran los miembros de la Acción Católica en sus trabajos, sean o no apreciados, tengan o no éxito.

Por la devoción al Corazón de Cristo

Basta en un asunto tan claro traer las palabras del Sumo Pontífice en la carta citada: «... Debe decirse en derecho y por merecimiento que el Apostolado de la Oración es una forma perfecta de piedad al Santísimo Corazón de Jesús, y a su vez, la piedad al Divino Corazón de Jesús de ninguna manera puede separarse del Apostolado de la Oración...» ¿Acaso no hacemos cada día la oblación al Santísimo Corazón de Jesús, tenemos por lo menos una vez al mes la Comunión reparadora, propagamos la consagración de las familias, constituimos la Hora Santa? En una palabra, la práctica y la devoción al Santísimo Corazón de Jesús constituye una parte esencial del Apostolado de la Oración.

Y esto es de máximo momento para el espíritu verdaderamente sobrenatural y religioso de la Acción Católica. Porque la devoción al Santísimo Corazón de Jesús da, sobre todo, el verdadero espíritu de Cristo; es decir, espíritu de amor a Dios y a los hombres, y al mismo tiempo, nos hace cada día más familiares las intenciones y deseos del Corazón de Jesús. Así, tenemos en esta devoción un medio óptimo para crecer en el espíritu verdaderamente apostólico.

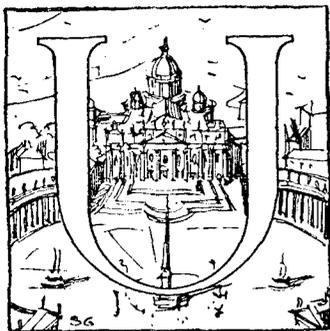
Además, nos han dado esta devoción Cristo Nuestro Señor y la Iglesia como remedio extraordinario para las extraordinarias necesidades de nuestro tiempos. Con esta devoción debe ser preparado el reino del amor entre los hombres, y por la reparación ofrecida a este Corazón, debemos implorar misericordia para la ingente multitud de pecadores. Ahora bien; propagar el reino de amor de Cristo es el objetivo de la Acción Católica, y el máximo impedimento que se opone a su dilatación es el pecado, al cual queremos vencer por los actos de reparación. De donde fácilmente queda manifiesto de cuánta importancia es esta devoción para nuestra actividad apostólica.

Finalmente, no debemos despreciar de ningún modo la experiencia asidua y repetida de quienes, con confianza y celo, propagan la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, y de ella se sirven en sus trabajos apostólicos: obtienen efectos extraordinarios. ¡Ojalá todos aquellos que suelen considerar la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús con poca estima, por no decir desprecio, se sirviesen de ella con sinceridad en su sagrado ministerio! Entonces, podrían conocer cuánta eficacia encierra esta devoción. Si sólo nos fijamos en las llamadas Promesas del Sagrado Corazón, por lo menos deberían inducirnos a hacer alguna prueba. Porque aquella gracia, y aquellos auxilios extraordinarios que allí promete el Corazón de Jesús a sus devotos, son tan excelentes e insignes que nadie de mente sana debería renunciar tal auxilio en sus trabajos apostólicos.

Examinada ya la importancia del Apostolado de la Oración para la Acción Católica, queremos estar preparados por una íntima colaboración a propagar el Reino de Cristo.

COMO EN LA EDAD DE ORO DE LA IGLESIA

«Por su persona y por su obra quiso Dios preparar a la Iglesia para los nuevos y arduos deberes... Si hoy la Iglesia de Dios avanza y redime se debe a la acción languimirante y a la santidad de Pio X.»



UNA celeste alegría inunda nuestro corazón; un himno de alabanza y de gratitud al omnipotente prorrumpe de nuestros labios por habernos concedido el Señor que eleváramos al honor de los altares a nuestro predecesor el Beato Pío X. Es, además, gozo y reconocimiento de toda la Iglesia que vosotros visiblemente representáis amados hijos e hijas, reunidos aquí bajo nuestros ojos como un mar viviente, o que, esparcidos por la superficie de la tierra, nos escucháis en la exultación de este día bendito.

Un deseo común se ha cumplido. Desde el tiempo de su devota muerte, mientras se apiñaban en número creciente las devotas peregrinaciones, de todos los países, afluían súplicas para implorar la glorificación del inmortal Pontífice. Procedían de los más altos grados de la jerarquía eclesiástica, del clero secular y regular, de todas las clases sociales, y especialmente de las más humildes, de las cuales él mismo había brotado como purísima flor. Y he aquí que estos deseos han sido oídos; he aquí que Dios, en los arcanos designios de su Providencia, ha escogido a su indigno sucesor, para cumplirlos, y hacer resplandecer, en la triste penumbra que ofusca el camino todavía incierto del mundo de hoy, el fúlgido astro de su blanca figura, para que aclare el camino y fortalezca los pasos de la humanidad desviada.

Pero, mientras el gozo, de que desborda nuestro corazón, Nos impulsa irresistiblemente a cantar en él las maravillas de Dios, Nuestra voz vacila, como si las palabras nos hubiesen de faltar, insuficientes como son para exaltar dignamente, aunque con rápidos trazos, la vida y la virtud del Sacerdote, del Obispo, del Papa, en la prodigiosa ascensión desde la pequeñez de la aldea nativa y la humildad de su nacimiento hasta la cima de la grandeza y de la gloria en la tierra y en el cielo.

Desde hace más de dos siglos no se había vuelto a levantar en el Pontificado Romano un día de esplendor paragonable con éste, ni había resonado con tal vehemencia y concordia la voz, que ahora entona himnos, de todos aquellos para los cuales la Cátedra de Pedro es la roca en que está anclada su fe, el faro que conforta su indefectible esperanza, el vínculo que les consolida en la unidad y en la caridad divina.

¡Cuántos, aun entre vosotros, conservan hoy vivo en su espíritu y en su corazón el recuerdo del nuevo Beato! ¡Cuántos reviven aún con el pensamiento, como lo revivimos Nós mismo, aquel rostro que irradiaba una bondad celeste! ¡Cuántos lo sienten próximo, muy próximo a ellos, a este sucesor de Pedro, a este Papa del siglo xx, que en el

formidable huracán levantado por los negadores y enemigos de Cristo, supo demostrar desde el principio una consumada experiencia en el manejo del timón de la navicilla de Pedro, pero a quien Dios llamó a Sí, cuando más violenta se enfurecía la tempestad! ¡Qué dolor, qué descorazonamiento a la vez, al verle desaparecer, en el piélago de la angustia para un mundo trastornado!

Mas he aquí que la Iglesia le ve hoy reaparecer, no ya como un piloto que lucha fatigosamente junto al gobernalle, contra los elementos desencadenados, sino como un glorioso protector, que desde el cielo la contempla con su mirada tutelar, en la que brilla la aurora de un día de consolación y de fortaleza, de victoria y de paz!

¿QUÉ IBA A SIGNIFICAR EL NOMBRE DE PIO X PARA EL PAPADO, LA IGLESIA, LA HUMANIDAD?

EN cuanto a Nós, que estábamos entonces en los comienzos de nuestro sacerdocio, ya al servicio de la Santa Sede, no podremos negar jamás nuestra intensa conmoción, cuando, en el mediodía de aquel 4 de agosto de 1903 desde la *loggia* de la Basílica Vaticana, la voz del Cardenal primer diácono anunció a la multitud que aquel cónclave —tan notable por tantos aspectos— había hecho recaer su elección sobre el Patriarca de Venecia, José Sarto.

Fué entonces pronunciado por primera vez ante la faz del mundo el nombre de Pío X. ¿Qué iba a significar este nombre para el Papado, para la Iglesia, para la Humanidad? Mientras hoy, después de casi medio siglo, Nós repasamos con el espíritu el sucederse de los graves y complejos acontecimientos que lo han llenado, Nuestra frente se inclina y Nuestras rodillas se doblan en admirada adoración de los designios divinos, cuyo misterio se descubre lentamente a los pobres ojos humanos, a medida que se cumplen en el curso de la historia.

Pastor, buen Pastor, fué él. Para ser tal parecía haber nacido. En todas las etapas del camino que paso a paso le llevaba desde su humilde hogar nativo, pobre en bienes de la tierra, pero rico en fe y en virtud cristiana, hasta el vértice supremo de la jerarquía, el Hijo de Riese, permaneció siempre igual a sí mismo, siempre sencillo, afable, accesible a todos, en su lugareña casa rectoral, en la sala capitular de Treviso, en el Obispado de Mantua, en la Sede Patriarcal de Venecia, en el esplendor de la Púrpura Romana; y continuó siendo tal en la majestad soberana, sobre la Silla Gestatoria, y bajo el peso de la Tiara, el día en que la Providencia, modeladora languimirante de las almas, inclinó el espíritu y el corazón de sus iguales para que entregaran el cetro, caído de las manos debilitadas del gran anciano León XIII, a las suyas paternalmente firmes. De tales manos, ni más ni menos, tenía entonces el mundo necesidad.

No habiendo podido desviar de su cabeza el terrible peso del Sumo Pontificado, El, que siempre había rehuído los honores y las dignidades, como otros rehuyen a su vez una vida ignorada y oscura, aceptó entre lágrimas el cáliz de las manos del Padre Divino.

Pero una vez pronunciado su *Fiat*, este Humilde, muerto para las cosas terrenas y deseoso de las celestiales, demostró la indomable firmeza de su espíritu, la robustez viril, la grandeza de ánimo, que son las prerrogativas de los Héroes de la Santidad.

VISIÓN CERTERA DE LOS MALES Y ERRORES;
VÍAS Y REMEDIOS PARA CURAR DE ELLOS

Desde su primera encíclica, fué como si una llama luminosa se hubiese elevado para iluminar las mentes y levantar los corazones. No de otra manera los discípulos de Emaús sentían inflamarse sus pechos mientras el Maestro hablaba y les descubría el sentido de las Escrituras (*Luc. 24, 32*).

¿No habéis acaso experimentado también vosotros este ardor, amados hijos que vivisteis aquellos días, y oísteis de sus labios el diagnóstico certero de los males y errores de la época a la vez que indicando las vías y los remedios para curar de ellos? ¡Qué claridad de pensamiento! ¡Qué fuerza de persuasión! ¡Qué verdaderamente la ciencia y la sabiduría de un profeta inspirado, la intrépida franqueza de un Juan Bautista o de un Pablo de Tarso; era la ternura paterna del Vicario y representante de Cristo, atento a todas las necesidades, solícito a todos los intereses, a todas las miserias de sus hijos. Su palabra era trueno, era espada, era bálsamo; se comunicaba intensamente a toda la Iglesia y se extendía mucho más allá con eficacia; alcanzaba el irresistible vigor no sólo por la incontestable substancia del contenido, sino también de su íntimo y penetrante calor. Se sentía en ella hervir el alma de un

pastor que vivía en Dios y de Dios, sin otra mira que conducir a El sus corderos y sus ovejuelas; por esto, si fiel a las venerandas tradiciones seculares de sus antecesores, conservó substancialmente todas las solemnes (no ya fastuosas) formas exteriores del ceremonial pontificio, en aquellos momentos su mirada suavemente entristecida, fija hacia un punto invisible, mostraba que no a sí mismo, sino a Dios, se tributaba todo el honor.

El mundo que hoy lo aclama, en la gloria de los Beatos, sabe que recorrió la vía marcada por la Providencia con una fe capaz de transportar las montañas, con una esperanza inconcusa, aun en las horas más oscuras e inciertas, con una caridad que lo impulsaba a entregarse a todos los sacrificios por el servicio de Dios y por la salvación de las almas.

Por estas virtudes teológicas, que eran como la trama fundamental de su vida y que practicó en un grado de perfección que superaba incomparablemente toda excelencia puramente natural, su Pontificado refulgió como en la edad de oro de la Iglesia.

Acudiendo en todo instante a la triple fuente de estas virtudes reinas, el Beato Pío X embelleció y consumó el curso de su vida entera con el ejercicio heroico de las virtudes cardinales: fortaleza constante a los golpes de fortuna, justicia de una inflexible imparcialidad, templanza que se confundía con la abnegación total de sí mismo, prudencia sagaz, mas prudencia del espíritu que es «vida y paz», desvinculada de la «sabiduría de la carne» que es muerte y enemiga de Dios. (cfr. *Rom. 8, 6-7*).

NO ES CIERTO QUE SU FORTALEZA
PREVALECIERA SOBRE SU PRUDENCIA

¿Es acaso verdad, como algunos han afirmado o insinuado, que en el carácter del Beato Pontífice la fortaleza prevaleciera a menudo sobre la prudencia? Tal ha podido ser



la opinión de adversarios, la mayor parte de los cuales eran también enemigos de la Iglesia. Pero en la medida en que fué compartida por otros, bien que admiradores del celo apostólico de Pío X, aquella apreciación se revela en contradicción con los hechos, cuando se tiene en cuenta la paternal solicitud suya por la libertad de la Iglesia, por la pureza de la doctrina, por la defensa de la grey de Cristo ante peligros inminentes, que no siempre hallaban en algunos toda aquella comprensión y aquella íntima adhesión, que debiera haberse esperado de ellos.

Ahora que el más minucioso examen ha escrutado a fondo todos los actos y las vicisitudes de su Pontificado, ahora que se conoce la trayectoria de aquellos sucesos, ninguna vacilación, ninguna reserva es ya posible, y se debe reconocer que incluso en los períodos más difíciles, más ásperos, más llenos de responsabilidad, Pío X, asistido por la grande alma de su fidelísimo Secretario de Estado, el Cardenal Merry del Val, dió prueba de aquella iluminada prudencia, que no falta nunca en los Santos, aun cuando en sus aplicaciones se halle en contraste, doloroso pero inevitable, con los engañosos postulados de la prudencia humana y puramente terrena.

Con su mirada de águila, más perspicaz y más segura que la corta vista de miopes razonadores, veía el mundo cual era, veía la misión de la Iglesia en el mundo, veía con ojos de Santo Pastor cuál fuera Su deber en el seno de una sociedad descristianizada, de una cristiandad contaminada o al menos insidiada por los errores del tiempo y por la perversión del siglo.

Iluminado por la luz de la verdad eterna, guiado por una conciencia delicada, lúcida, de rígida rectitud, tenía continuamente sobre el deber momentáneo y sobre las resoluciones a adoptar intuiciones cuya perfecta rectitud desconcertaban a quienes no estaban dotados de las mismas luces.

Por su natural, nadie más dulce, más amable que él, nadie más amigo de la paz, nadie más paternal. Pero cuando hablaba en él la voz de su conciencia pastoral, sólo contaba el sentimiento del deber: éste imponía silencio a todas las consideraciones de la humana debilidad; salía al



paso de todas las tergiversaciones; decretaba las providencias más enérgicas, aunque penosas para su corazón.

El humilde «cura de aldea», como tal vez se le ha querido llamar —y no en su menosprecio—, frente a los atentados contra los derechos imprescindibles de la humana libertad y dignidad, contra los sagrados derechos de Dios y de la Iglesia, sabía erguirse gigante en toda la majestad de su autoridad soberana. Entonces su «non possumus» hacía temblar y tal vez retroceder a los poderosos de la tierra, tranquilizando al mismo tiempo a los vacilantes y galvanizando a los tímidos.

TAN EMINENTE EN LA FORTALEZA, COMO EXCELSO EN LA PRUDENCIA

A esta fuerza diamantina de su carácter y de su conducta, manifestada desde los primeros días de su Pontificado, se debe atribuir, primero el estupor, y después la aversión de quienes quisieron hacer de él el «signum cui contradicetur» revelando de esta manera el fondo oscuro de las propias almas.

No, por tanto, excesiva prevalencia de la fortaleza sobre la prudencia. Al contrario, estas dos virtudes, que dan como el crisma a aquellos a quienes Dios predestina a gobernar, fueron en Pío X equilibradas hasta tal punto, que, al examen objetivo de los hechos, él aparece tan eminente en la una como excelso en la otra.

¿No es acaso esta armonía de virtudes, en las altas regiones del heroísmo, señal de santidad madura?

¿CÓMO ABARCAR SU FIGURA Y SUS MÚLTIPLES ASPECTOS?

UN hombre, un Pontífice, un Santo de tal elevación difícilmente hallará el historiador que sepa abrazar en conjunto su figura, y al mismo tiempo sus múltiples aspectos. Pero aun la simple y descarnada enumeración de sus obras y de sus virtudes, cual Nós mismo podemos en este momento sólo intentar con breves e incompletos trazos, basta para despertar la más viva admiración.

De él puede ciertamente decirse que en todos los campos a que dirigió la atención y la mano, entró asistido de una inteligencia clara, alta y amplia, y por una rara cualidad de ánimo, que lo hacían igualmente feliz en el análisis que potente en la síntesis, estampando en todas sus obras el sello de la universalidad, no menos que de la unidad, encaminada a recapitular y restaurar todas las cosas en Cristo.

Defensor de la fe, heraldo de la verdad eterna, custodio de las más santas tradiciones, Pío X, reveló un sentido finísimo de las necesidades, de las aspiraciones, de las energías de su tiempo; por esto ha ocupado un lugar entre los más gloriosos Pontífices, depositarios files sobre la tierra de las llaves del reino de los cielos y a los cuales la humanidad es deudora de todo su verdadero avance en la recta vía, en el recto camino del bien y de todo su genuíno progreso.

Promotor de las ciencias sagradas y profanas

Su celo por el influjo moral de la Iglesia ha hecho de él un incomparable promotor de las ciencias sagradas y profanas. ¿Será acaso necesario recordar el nuevo impulso

dado a los estudios bíblicos? ¿El eficaz incremento de los estudios filosóficos y teológicos según el método, la doctrina, y los principios del Angélico Doctor? Y, en el orden de las ciencias humanas, ¿será acaso necesario mencionar la reorganización del observatorio astronómico? ¿En el campo de las artes, la renovación de la música sagrada, la nueva ordenación de la pinacoteca?

Su obra en la codificación del Derecho canónico

El, empero, no es un extraño mecenas o un puro teórico, satisfecho solamente en señalar una meta, en impartir un orden y dejar después a los otros la entera ejecución. Su obra, por el contrario, es contribución esencial, y dirección efectiva. Sagaz en el abstenerse de minucias inútiles, aquella llega sin embargo, hasta lo concreto y lo particular determinando con exactitud y sentido práctico los caminos a recorrer, para que la finalidad sea conseguida fácilmente, rápidamente, plenamente. Así obró en la codificación del derecho canónico, que puede considerarse como la obra maestra de su pontificado. Desde el comienzo se resuelve a ella con el valor iluminado de los grandes, afronta animosamente el «arduum sane munus» y se dedica a él con constante asiduidad. Y si bien —para usar las palabras de su sucesor Benedicto XV (cfr. allocut. Consist. 4, decembr. 1916 —Act. Ap. Sedis Vol. 8, pág. 466)— no le fué dado llevar hasta el fin la inmensa obra; sin embargo, él solo, tiene que ser considerado autor de aquel código (is tamen unus huius Codicis habendus est auctor), y de ahí que su nombre deberá ser para siempre celebrado como uno de los más ilustres Pontífices en la historia del derecho canónico, junto a un Inocencio III, un Honorio III, un Gregorio IX.

Su solicitud por el clero

Si a cada una de estas empresas él se movió siempre por el celo de la gloria de Dios y la salud y la perfección de las almas, ¿con cuánta solicitud debió aplicarse al cuidado de los Pastores mismos de la Sagrada Grey de quienes depende más directa e inmediatamente el honor de Dios y la santificación de las almas? Dícenlo sus constantes esfuerzos para dotar a la Esposa de Cristo de un clero a la altura por su santidad y doctrina, de su altísima misión. Y ¿quién podría releer sin emoción la paternal exhortación *Haerent animo* (4 agosto 1908), donde se refleja nítida su alma sacerdotal, en el recuerdo jubilar de su ordenación?

Penetrado por el pensamiento de San Pablo de que el sacerdote está constituido para los hombres en todas las cosas que atañen a Dios (cfr. Hebre. 5, I), él nada descuida de cuanto pueda contribuir al ejercicio más eficaz de ese sublime oficio.

El Papa de la doctrina cristiana

Ante todo en el difundir el conocimiento vivo de la doctrina cristiana. Así promulga sabias instrucciones para confirmar la necesidad de ella, determinar su objeto, establecer su método (Enc. Acerbo nimis, 15 abr. 1905). No le basta: él mismo cuida de que se componga un nuevo catecismo para adaptar esta enseñanza a todas las edades y a todas las inteligencias y no le basta todavía: algunos domingos explana personalmente el santo evangelio del día a los fieles de las parroquias de Roma. Con justicia, pues, fué llamado el Papa de la Doctrina Cristiana.

Promotor de la Acción católica

El árido vacío que el espíritu sectario del siglo había socavado en torno al sacerdocio, él se apresura a colmarlo mediante la activa colaboración de los seglares en el Apostolado. No obstante las circunstancias adversas, mejor aún, estimulado por ellas, Pío X, cuida, si no inicia propiamente, con renovadas directrices, la formación de un laicado fuerte en la fe, unido con perfecta disciplina a los varios grados de la jerarquía eclesiástica. Y cuanto hoy se admira en Italia y en el mundo, en el vasto campo de la Acción Católica, demuestra cuán providencial haya sido la obra de nuestro Beato, que reverbera sobre él un resplandor, que durante su vida tal vez sólo a pocos fué dado presagiar plenamente.

Por donde con justo título las filas de la Acción Católica, deben poner al Beato Pío X entre las almas escogidas que recuerdan y veneran como avanzadas y promotoras de su movimiento salvador.

Otro obstáculo de suma gravedad se oponía a la restauración de una sociedad cristiana y católica: Es decir, por una parte, la división en el seno mismo de la sociedad, y por otra la escisión que separaba la Iglesia del Estado, particularmente en Italia. Con la amplitud y la claridad de visión propias de los Santos, él, sin permitir la mínima lesión de los principios inmutables e inviolables, sabe trazar las reglas para la organización de una acción popular cristiana, mitigar el rigor del «non expedit», y preparar muy de antemano el terreno para aquella conciliación, que habría debido traer la paz religiosa en Italia.

Pontífice de la Eucaristía

Pero lo que es singularmente propio de ese Pontífice es el haber sido el Papa de la Santísima Eucaristía en nuestro tiempo. Aquí fulgura con reflejos casi divinos la íntima con-



sonancia y comunión de sentimientos, en el Vicario de Cristo con el Espíritu mismo de Jesús. Si callásemos en este punto, se levantaría la multitud de los niños de ayer y de hoy a entonar el hosana a aquel que supo abatir las barreras seculares que les mantenían alejados de su Amigo de los Tabernáculos. Sólo en un alma sabiamente cándida y evangélicamente infantil como la suya, podía encontrar resuelto eco el ardiente suspiro de Jesús: ¡dejad que los niños vengan a Mí!, y al mismo tiempo la comprensión del dulcísimo deseo de estos de correr al abrazo del Redentor Divino. Así, fué él quien entregó Jesús a los niños y los niños a Jesús. Si Nós lo silenciáramos, hablarían los altares mismos del Santísimo Sacramento para dar testimonio de la exuberante floración de santidad que por obra de este Pontífice de la Eucaristía ha brotado en innumerables almas para las cuales la frecuente y cotidiana comunión es ahora cánon fundamental de perfección cristiana.

¡ESTO SIGNIFICÓ LA OBRA DE SU PONTIFICADO!

AMADOS hijos e hijas: Una hora de gloria pasa sobre nosotros en este atardecer luminoso. Es gloria que alcanza muy de cerca al Pontificado romano, gloria que irradia por toda la Iglesia entera, gloria que se cierne aquí muy junto a rogada tumba de un humilde hijo del pueblo a quien Dios ha elegido, ha enriquecido, ha exaltado.

Pero sobre todo es gloria de Dios, porque en Pío X se revela el arcano de la sabia y benigna Providencia, que asiste a la Iglesia y por ella al mundo, en todas las épocas de la historia. ¿Qué cosa, os preguntábamos al principio, habría significado el nombre de Pío X? Parécenos verlo ahora claramente.

Por su Persona y por su obra Dios quiso preparar a la Iglesia para los nuevos y áridos deberes que los tormentosos tiempos futuros le reservaban, preparar con oportunidad una Iglesia concorde en la doctrina, sólida en la disciplina, eficiente en sus Pastores; un seglarato generoso, un pueblo instruído, una juventud santificada desde sus primeros años, una conciencia cristiana, atenta a los problemas de la vida social. Si hoy la Iglesia de Dios lejos de re-

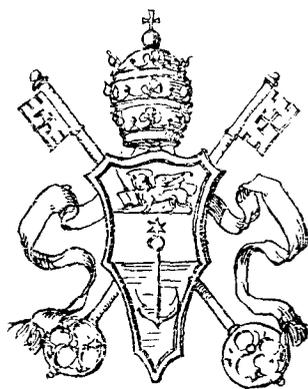
troceder frente a las fuerzas destructoras de los valores espirituales, sufre, combate, y por divina virtud avanza y redime, se debe en gran parte a la acción languimirante y a la santidad de Pío X. Hoy se hace manifiesto cómo todo su Pontificado fué sobrenaturalmente dirigido según un designio de amor y de redención para disponer las almas a hacer frente a nuestras propias luchas y para asegurar nuestras victorias, y las victorias venideras.

Vosotros por tanto que lo sentís presente, vivo y cercano, en las obras desarrolladas en su vida y en la tutela que desde hoy recobra, confiad en su intercesión y orad junto con Nós, de esta manera:

ORACIÓN AL BEATO PÍO X

Oh, Beato Pontífice, Siervo fiel de tu Señor, humilde y confiado discípulo del Divino Maestro, en el dolor y en el gozo, en los trabajos y en las solicitudes, experimentado Pastor de la Grey de Cristo, vuelve tus ojos a nosotros que nos postramos ante tus virginales despojos. Áridos son los tiempos en que vivimos, duras las fatigas que de nosotros exigen. La Esposa de Cristo, encomendada ya a tus cuidados, se encuentra de nuevo en graves angustias. Sus hijos son amenazados por innumerables peligros en el alma y en el cuerpo; el espíritu del mundo, como león rugiente, nos cerca, buscando a quien devorar. No pocos caen como víctimas tuyas. Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. Cierran los ojos a la luz de la eterna verdad; escuchan las voces de sirenas que insinúan engañosos mensajes. Tú, que fuiste acá abajo gran suscitador y guía del pueblo de Dios, sé auxilio e intercesor para nosotros y para todos aquellos que se profesan seguidores de Cristo. Tú cuyo corazón se despedazó, cuando viste al mundo precipitarse en sangrienta lucha, socorre a la humanidad, socorre a la cristiandad, expuesta hoy día a semejantes peligros; obtén de la misericordia divina el don de una paz duradera y como añadidura, el retorno de los espíritus a aquel sentido de verdadera fraternidad, que es el único capaz de restablecer entre los hombres y las naciones la justicia y la concordia queridas por Dios, Amén.

Discurso de S. S. el Papa con motivo de la beatificación de Pío X.
8 de junio de 1951, 113 aniversario de su Bautismo



BREVE APOSTOLICO CON EL CUAL S. S. PIO XII PROCLAMA BEATO A SU INCLITO PREDECESOR

CARTA APOSTOLICA
DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR PIO
POR LA DIVINA PROVIDENCIA
PAPA XII
POR LA CUAL EL VENERABLE SIERVO DE DIOS
PIO PAPA X
ES PROMOVIDO A BEATO



UESTO que «Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla» (Efes. 5,25), nunca han faltado ni podrán faltar entre los fieles quienes de tal manera aventajen a los demás en el mérito de las virtudes, que sean propuestos a los demás como ejemplos que imitar. De aquí ese ejército nobilísimo de santos y beatos que en todo tiempo, como una in-

mensa multitud «que nadie puede contar, de todas las gentes y tribus y lengua» (Apoc. 7,9), hombres y mujeres de toda condición y edad que no cesan de acrecer la belleza y multiplicar la alegría de la esposa de Cristo hasta la consumación de los siglos. También a Nos que, aunque indigno, llevamos el timón de la nave de San Pedro, nos ha concedido el benignísimo Señor, principalmente en el Año Santo poco ha finido, añadir a este fulgidísimo ejército muchos y preclarísimos héroes cuyo triunfo hemos celebrado con grande gozo de nuestra alma. Mas ha querido la suavísima clemencia de Dios conceder hoy al Vicario de Cristo en la tierra tal gracia, cual no se había concedido a ninguno de nuestros predecesores en más de dos siglos, desde el año 1712, en que Pío V fué incluido en el número de los santos por Clemente XI: poner en el número de los Beatos a otro Sumo Pontífice al cual Nos mismo hemos conocido, cuyas virtudes eximias hemos admirado de cerca, al cual prestamos nuestros servicios con voluntad devota y entusiasta: hablamos de Pío, décimo de este nombre.

Nació en el humilde pueblecillo de Riese, en la diócesis de Treviso, el día 2 de junio de 1835, de Juan Bautista Sarto y Margarita Sansón, de condición modesta, pero ilustres en la virtud, a los cuales ciñó Dios con una corona de diez hijos. Bautizado al día siguiente recibió el nombre de José Melchor. Niñito de índole alegre y vivaz, de tal manera sobresalió en la piedad con las enseñanzas de su piadosísima madre, que el cura del lugar no dudó en llamarlo «la más noble alma» de su parroquia. Después de la primera enseñanza que aprendió en su lugar natal, impulsado por una mayor afición al estudio, para asistir a las escuelas del grado superior, cada día durante cuatro años, muchas veces desnudos los pies, se dirigía a la próxima ciudad de Castelfranco. Fortalecido con el Sacramento de

la Confirmación el día 1 de septiembre de 1845, y alimentado con la primera comunión el 6 de abril de 1847, como mostrase constantemente una voluntad inclinada a abrazar la vida religiosa, mereció vestir la vestidura clerical, como ardentísimamente había deseado, en septiembre de 1847; y en noviembre, con el favor del Cardenal Jacobo Monico, Patriarca de Venecia y conciudadano suyo, ingresó, inundado de grande gozo, en el inclito seminario de Padua. Cuánto aprovechase en virtud y doctrina, puede fácilmente deducirse del testimonio de los superiores de aquel seminario: «en la disciplina a nadie es segundo, de ingenio máximo, de suma memoria, de esperanza máxima» (del archivo del Seminario de Padua). Los resultados confirmaron plenísimamente el presagio. Elevado a la dignidad sacerdotal en el templo principal de Castelfranco el 18 de septiembre de 1858, pocos días después, con sumo contento de sus parientes, principalmente de su meritísima madre, y de todo el pueblo, celebró su primera misa, y en noviembre fué destinado como coadjutor del religiosísimo párroco de Tómbolo, de precaria salud. En seguida pudieron experimentar y admirar lo mismo el venerando párroco que los habitantes de aquella parroquia, agricultores en su mayor parte, las egregias dotes de aquel joven sacerdote, su humildad, su pobreza, su índole festiva, su vivo deseo de ayudar a todos en cualquier cosa, y además una singular pericia en la predicación. Habiendo llegado todas estas virtudes a conocimiento del Obispo de Treviso, en 1867 eligió a José Sarto para regir la parroquia más importante de Salzano, donde apareció más claramente cuan grande caridad hacia Dios y el prójimo ardía en el alma del siervo de Dios, cuan grande suavidad de costumbres sobresalía en él, cuánta mansedumbre, modestia, amor a la pobreza, principalmente en aquella luctuosísima peste de 1873.

Pasó allí nueve años. Canónigo ya de la iglesia catedral de Treviso, Canciller de la Curia episcopal y director espiritual de los clérigos del seminario, acérrimo aborrecedor del ocio como siempre, cumplió con su acostumbrada diligencia y pericia estos honoríficos y al mismo tiempo graves cargos, que, huyendo de los honores y dignidades, sólo había recibido por obediencia; y de tal manera los desempeñó que, habiendo quedado vacante la sede de Treviso en 1879 fué elegido Vicario Capitular por los sufragios de todos. Y dió tales muestras de prudencia y destreza en el desempeño de ese oficio, que en 1884 con el aplauso de todos, contra su voluntad, sin embargo, y oponiéndose en vano, fué elegido obispo de Mantua.

En esta alma Ciudad, en la iglesia de San Apolinar, el 16 de noviembre fué consagrado, y entrado en su diócesis en abril del año siguiente, en seguida comenzó a difundir con la mayor largueza los tesoros de su alma generosa entre la grey que le había sido encomendada «haciéndose todo a todos» (1 Cor. 9,22) a fin de ganarlos todos para Cristo y proveer a las muchas y grandes necesidades de la iglesia de Mantua. Es de recordar sobre todo su celo inflamado, como lo exigían el tiempo y las circunstancias, para que el clero

adolescente se educara convenientemente, para que las asociaciones católicas fueran verdaderamente activas, y para que se promoviera el decoro de la sagrada liturgia. Desde entonces fueron apartados los odios, los vicios de antiguo inveterados arrancados de raíz, los escándalos aniquilados, restituidos a su honor los preceptos del Decálogo, admirablemente acrecida la fe, fortalecida la honestidad de costumbres. ¿Qué de admirable, pues, que el Obispo José Sarto gozase fama de santo entre los habitantes de Mantua, como quiera que, movido únicamente por la ardiente caridad de Cristo, acostumbraba no sólo a proporcionar abundante limosna a multitud de pobres y a darles comida y vestidos, sino incluso, puesto de rodillas, a besarles los pies?

En el Consistorio de 12 de junio de 1893 el Papa León XIII de feliz recordación, que tenía en gran estima al Obispo de Mantua y al cual le unía singular amor, lo incluyó en el número de los Cardenales, y después de tres años le nombró Patriarca de la nobilísima iglesia de San Marcos de Venecia, para que quedase manifiesto que no sólo concedía el honor de la púrpura romana a la Sede, aunque dignísima, sino más bien al meritísimo varón.

La admirable ciudad, reina del mar Adriático, que desde hacía tiempo deseaba un nuevo Patriarca, le recibió con sumo gozo y universal aplauso el día 24 de noviembre de 1894, y al punto se captó con su humanidad y virtud a los venecianos de todo orden. Y en verdad, exceptuadas las vestiduras y aquello que era propio de su nueva dignidad nada cambió en las costumbres y en la manera de vida del siervo de Dios. La misma humildad y desprecio de sí, el mismo amor a la pobreza y al trabajo, el mismo celo ardentísimo y constante de procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Como en Mantua, así también en Venecia se preocupó en primer lugar por instaurar la disciplina y favorecer la santidad del clero; procuró con toda el alma renovar y vigorizar la piedad del pueblo y el culto de las virtudes cristianas; devolver a los divinos ritos el decoro y al canto eclesiástico su pristina dignidad, apartar los abusos, vindicar los derechos de la Iglesia con suavidad y fortaleza.

Muerto León XIII, de inmortal memoria, en el año

1903, el Cardenal José Sarto, el día 4 de agosto del mismo año fué elevado a la cúspide del Sumo Pontificado, el cual recibió como una cruz, oponiendo resistencia con lágrimas en los ojos, imponiéndose el nombre de Pío X. Sentado en la cátedra de Pedro, intuyendo lo que exigía el bien de la religión y lo que pedían los tiempos, dió a conocer la que había de ser sublime e insigne divisa de su pontificado: *instaurare omnia in Christo*. Ningún cuidado mayor para el siervo de Dios —que había conocido por la experiencia no ser nada tan eficaz para la restauración de los hombres en Cristo como la vida santa de los clérigos— que procurar que todos aquellos que hubiesen sido llamados al servicio del Señor sobresaliesen en la piedad, en la obediencia y en la ciencia.

De aquí que en su primera Encíclica «*E supremi*» quisiera abrir su alma al clero exhortándolo vehementemente a gustar y a buscar las cosas celestiales. Rodeando los seminarios de Italia con sus principales cuidados, les dió un nuevo orden y les procuró un gran incremento en los altos estudios de las cosas divinas y humanas: excitó a los filósofos cristianos a luchar por la verdad bajo la guía del Aquinatenense. Fundó en Roma el Instituto bíblico y con motivo del quincuagésimo año de su sacerdocio incitó a todo el clero con una suavísima exhortación a guardar diligentemente las obligaciones de su cargo. Reunió las leyes de la Iglesia, dispersas en muchos volúmenes, en un solo cuerpo acomodado a las condiciones de los tiempos, y para dar mayor rapidez al despacho de los negocios, reorganizó la Curia romana.

Solicito en alto grado por la salvación eterna de las almas, procuró que se enseñara bien la doctrina cristiana a los niños y a los adultos, dió sabias normas para la predicación, ordenó que la música se acomodara a la majestad del sagrado culto. Fautor de la santidad y de la pureza, por inspiración de la caridad divina, introdujo el uso frecuente, más aún cotidiano, del celestial banquete, y exhortó vehementemente a que los niños desde su más tierna edad se acercaran a la Sagrada comunión; y encendió y alimentó además en todos los hijos de la Iglesia un amor más grande hacia el Santísimo Sacrameneto de la Eucaristía. Maestro infalible de la fé, puso al descubierto y reprimió con necesario rigor, por su



encíclica «Pascendi» las doctrinas que venían a renovar todos los errores.

Como acérrimo vindicador de la Religión y fortísimo custodio de la libertad de la Iglesia de Cristo, abolió, teniendo conciencia de su oficio pastoral, el llamado «veto civil» en la elección del Romano Pontífice; rechazó, intrépido, las leyes sobre la separación de la Iglesia y el Estado; dió nuevos obispos a Francia, agobiada por grande aflicción, y reprimió la amenazadora audacia de hombres malvados. Restituyó la decaída disciplina de la Acción Católica para defensa de la Religión, y le dió robustez; dió una forma nueva a la acción social de los católicos, y le señaló nuevos fines; dirigió las asociaciones de obreros en el camino de la religión con sapientísimas leyes y reforzó las órdenes religiosas con oportunas normas jurídicas.

Con el fin de promover y preservar la fe cristiana erigió en Roma nuevas parroquias y fomentó y dió fuerza con todos los medios a la vida parroquial: procuró por las necesidades de todas las diócesis; difundió el nombre cristiano por medio de nuevos misioneros del Evangelio; puso todo cuidado en atraer de nuevo a los disidentes orientales, y, padre verdadero y amantísimo de los pobres, y sostén de los huérfanos, no dejó de acudir a ninguna de las necesidades de su pueblo.

No vencido por el trabajo, sino abatido por el acerbiísimo dolor causado por la infausta y horrible guerra que comenzó por aquellos días, el 15 de agosto de 1914, cayó enfermo, y habiéndose agravado rápidamente la enfermedad, llegó al extremo el día 19. Fortalecido con todos los sacramentos de la Iglesia, el día 20 del mismo mes trocó placidísimamente la vida mortal por la eterna, entre el sentimiento del orbe católico que en seguida le aclamó como santo, primera y nobilísima víctima de aquella inhumana guerra, que ya se enfurecía. Acabadas las solemnes exequias en la Basílica Vaticana, el día 23 de agosto fué depositado en las sagradas criptas vaticanas, donde él se había elegido en vida sepultura. El pueblo católico en seguida lo tuvo como intercesor ante la divina majestad, a causa de las eximias virtudes de que estuvo adornado.

Por lo cual, muchos Padres purpurados, Obispos, Vicarios y Prefectos apostólicos, asociaciones piadosas y sobre todo las asociaciones llamadas de Acción Católica, las Universidades católicas, y los fieles seculares, rogaron con insistencia a esta Sede Apostólica que se le concedieran los honores de los Beatos a aquel ínclito padre de la familia cristiana, cuya creciente fama de santidad pareció que Dios confirmaba con señales celestes.

Y así, después de instruidos los procesos ordinarios, se comenzó a tramitar la causa de beatificación del Venerable siervo de Dios Pío X, cuya comisión introductoria firmamos de nuestra mano el día 12 de febrero de 1923. Terminado todo aquello que en tal juicio debía tratarse, se comenzó el examen acerca de las virtudes teológicas y cardinales del siervo de Dios, las cuales después de minuciosas investigaciones y pruebas y las acostumbradas reuniones, Nos declaramos, por decreto proferido el 3 de septiembre del mismo año, haber llegado al grado heroico. Haciéndose luego el examen de los milagros que se decían obrados por Dios por intercesión del venerable Pastor de la Iglesia, de los cuales se trató en las Congregaciones antepreparatoria, preparatoria, y finalmente en la general, habida ante Nos el 13 de enero de 1951, Nos, consideradas atentamente todas las cosas, por decreto de 11 de febrero

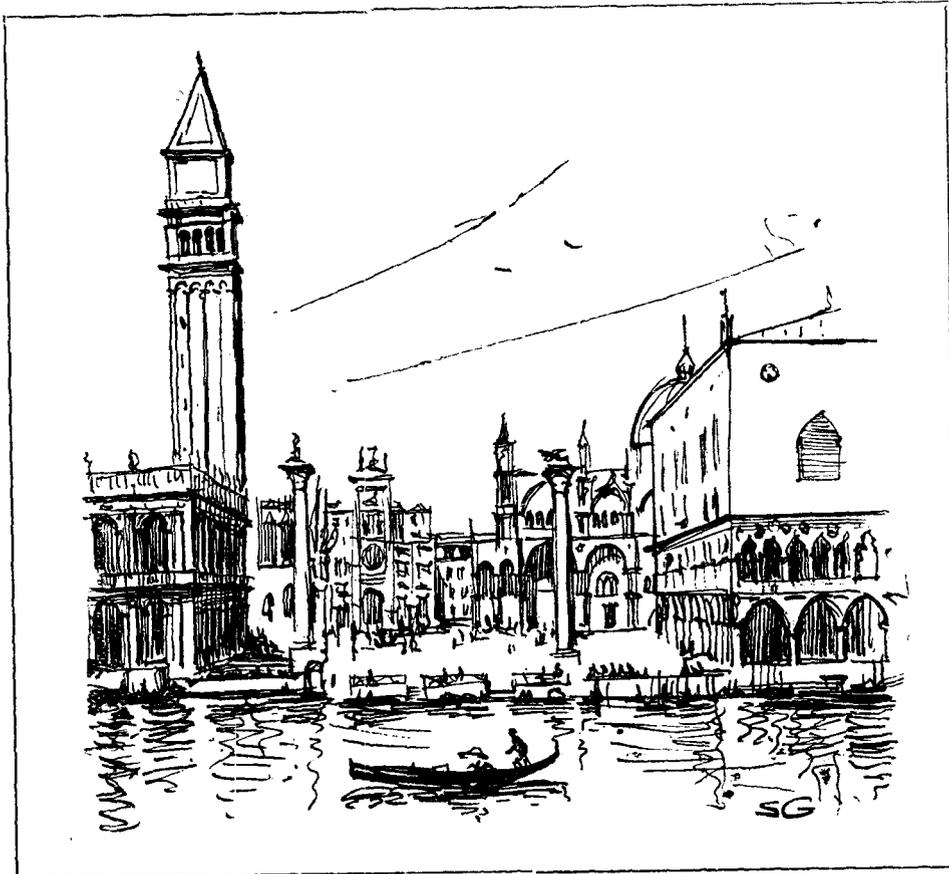


del mismo año, declaramos constar la verdad de dos de tales milagros.

Quedaba solamente una disquisición: si el siervo de Dios podía ser contado con seguridad en el número de los beatos; cuyo dubio fué propuesto por nuestro venerable Hermano Clemente, Cardenal de la Santa Romana Iglesia Micara, Obispo de Velletri, Pro-Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, y Ponente o Relator de la causa, en la Congregación general celebrada ante Nos el día 20 del mismo mes y año. Todos los asistentes, así los Cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos como los Prelados oficiales y los Padres Consultores dieron unánimemente respuesta afirmativa.

Sin embargo en asunto de tanta importancia diferimos dar nuestro parecer, a fin de alcanzar con instantes oraciones ofrecida a Dios, una mayor ayuda de lo alto para proferir tan grave sentencia. Así, pues, finalmente el día 4 de marzo de 1951, llamados el mentado Cardenal Pro-Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos y Relator de la causa, y el Venerable Hermano Alfonso Carinci, Arzobispo titular de Seleucia en Isauria y Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, y nuestro dilecto hijo Salvador Natucci, Promotor General de la Fe, después de celebrar el Sacrificio Eucarístico, declaramos que se podía proceder con seguridad a la solemne beatificación del Venerable siervo de Dios el Papa Pío X.

Siendo esto así, Nos, dando cumplimiento a los votos de toda la Iglesia universal, por la fuerza de estas Nuestras Letras y por Nuestra autoridad apostólica, permitimos que el Venerable siervo de Dios Pío X sea llamado en lo futuro con el nombre de Beato, y su cuerpo y reliquias sean presentadas a la pública veneración de los fieles, aunque no en públicas procesiones; y sean adornadas sus imágenes con rayos. Además concedemos, por la misma Autoridad Nuestra que se recite cada año el oficio del Común de un Sumo Pontífice con las lecciones propias por Nos aprobadas, y que se celebre la Misa del mismo Común con la oración propia aprobada por Nos, según las rúbricas del Misal y del Breviario romano. Permitimos, sin embargo, la recitación del oficio y la celebración de la Misa sólo en las dió-



cesis de Treviso, en cuyos confines nació el Beato, en las de Mantua y Venecia, en las cuales ejerció santamente el oficio pastoral, y finalmente en la romana, en la cual, como Obispo de la Iglesia católica y Sumo Pastor de la grey cristiana, terminó sus días. Y permitimos tal oficio a aquellos fieles que están obligados a recitar las horas canónicas, y la Misa a todos los presbíteros, tanto seculares como regulares que acudan a los templos y capillas donde se celebre la fiesta del mismo Beato.

Finalmente concedemos que pueda celebrarse la solemnidad de la beatificación del Venerable Papa Pío X, conforme a las leyes litúrgicas, en los dichos templos o capillas, en los días designados por la legítima autoridad, den-

tro de un año desde la celebración de las mismas solemnidades sacrosantas en la Basílica Vaticana. No obstante las Constituciones Apostólicas y Decretos de non cultu, y cualesquiera otras contrarias. Queremos que se dé en las investigaciones judiciales la misma fe a los ejemplares de estas Letras, incluso impresas, con tal que estén suscritas por el Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, y lleve el sello de la misma Congregación, que a la significación de Nuestra voluntad.

Dado en Roma junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 3 de junio, Dominica infraoctava del Sagrado Corazón, año 1951, 13.º de Nuestro Pontificado.

Pío Papa XII





«Por ello, si alguno reclama de Nós una
consigna que muestre la intención de nuestro
ánimo, ésta daremos siempre y no otra:
INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO»



Ateísmo y humanismo

Muchas veces teólogos y apologistas han examinado la cuestión de si el ateísmo puede ser «vivido», tanto individual como colectivamente. Se alegaba el hecho de no haberse encontrado ningún pueblo con un orden social basado sobre el ateísmo, y el que esta experiencia tenga de validez miles de años, en realidad todo el horizonte cronológico que abarca el conocimiento humano, parece avalar la tesis de que el ateísmo no puede ser vivido socialmente. El problema es hoy mucho más complejo. El ateísmo, como hecho social, ha irrumpido hoy en la historia, llevando consigo honda secuela de problemas y preocupaciones.

Queremos referirnos hoy a su fase individual, puesto que se registra en estos momentos una especie de exacerbación de ateísmo ostentoso, sobre todo en medios literarios. El novelista Albert Camus declaraba recientemente en una entrevista: «Sartre y yo no creemos en Dios. Tampoco creemos en el racionalismo absoluto. Pero, en fin, Jules Romains, tampoco, ni Malraux, ni Stendhal, ni Paul de Kock, ni el marqués de Sade, ni André Gide, ni Alejandro Dumas, ni Montaigne, ni Eugenio Sué, ni Molière, ni Saint-Evremond, ni el cardenal de Retz, ni André Breton. Pero debemos dejar eso. Después de todo, no veo por qué tengo que excusarme de encontrar interés en todos los que no viven en la gracia. Hace tiempo que empiezan a ocuparse de ello, ya que son los más numerosos».

Tras de la serie de ateos en que quiere protegerse Camus —aunque no tengamos más motivo para aceptar la adscripción de todos ellos que la simple confesión del novelista— viene, casi como un desafío, la frase de que «son los más numerosos». No creemos que esto sea cierto, ni mucho menos, pero en todo caso revela un ambiente funesto en una parte de la literatura actual. Por lo demás, la pertenencia de muchos de estos tipos a una determinada actitud espiritual no sirve para enaltecerla, pues entre ellos hay algunos conocidos por su absoluta inmoralidad, en la forma más extrema, incluso el homosexualismo. Y es claro

que cuando la persona humana llega a su última degradación, la posición atea suele ser una consecuencia lógica.

Nos sorprende más aún el que otros, entre los cuales se encuentran el mismo Sartre y Camus, pretendan que sobre el fundamento teórico del ateísmo puedan fundar un humanismo.

Pero un humanismo digno no puede existir sin una directa referencia y dependencia de Dios. No parece posible ni legítimo amar al prójimo con un amor incondicional y total, si no se espera ni se admite nada más allá de lo material. Ni se puede creer en el progreso, ni actuar por una humanidad mejor si al mismo tiempo no puede afirmarse en tal actuación que no está todo definitivamente determinado por los elementos materiales, sino que queda una esperanza legítima de

crear algo nuevo y mejor. Cualquier acción que aspire a un progreso implica la convicción de que somos libres, de que no estamos total y mecánicamente determinados por el pasado, sino que podemos desprendernos de él y concebir en la forma de proyecto una realidad distinta y mejor. Pero el admitir que esto sea posible, el vivir esa experiencia —exigencias fundamentales de cualquier humanismo digno— equivale a afirmar nuestra libertad en el mundo, nuestra superioridad sobre las condiciones materiales, nuestra espiritualidad. Así, en el examen de las condiciones mismas de cualquier acción humana, resalta esta dimensión de espiritualidad que remite a Dios. Cuando el ateo niega la divinidad y sin embargo pretende fundar un sistema de relaciones humanas, no hace más que contradecirse a sí mismo.

No podemos negar a los ateos el derecho a perpetrar, entre otras muchas violaciones, la del sentido natural de las palabras y llamar «humanismo» a formas de conducta compatibles con su ateísmo. En todo caso queda a la libre decisión de las personas moralmente íntegras y con probidad intelectual la opción entre un humanismo cristiano y las formas posibles de humanismo que han de resultar del acoplamiento de las múltiples «inmoralidades» que los ateos han sabido inventar hasta el presente y las que inventen en el futuro.

Jesús Sainz Mazpule

Donoso Cortés y su Centenario

La desorbitación de próximos pasados centenarios puede perjudicar la conmemoración en el año 1953 de los cien años de la muerte de don Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas.

Este fenómeno de los centenarios es digno de un estudio entre jocoso y triste para poner al descubierto la inautenticidad de tantos cazadores de fechas que poder conmemorar. Muchos «vinos españoles», comidas y viajes espléndidos han hecho felices a buen número de danzantes, deseosos de jolgorio, pero incapaces de toda vinculación espiritual con el personaje conmemorado, o con la fecha histórica celebrada. Muchos de estos permanentes «centenaristas» —lo que ha podido constituir una excelente profesión, digna de ser encuadrada en un organismo de sindicato— quizás oían hablar por vez primera de aquel o aquello por lo que alzaban su copa e ingerían «mediasnoches» y «emparedados» con un apresuramiento peligroso para su salud. Hoy, ya mal vistos los centenarios, hemos entrado en la fase de los

congresos, más o menos internacionales.

Tras estas sinceras y tristes reflexiones, no puede hablarse de que el año 53 es el «centenario» de la muerte de Juan Donoso Cortés sin que una sonrisa maliciosa asome a la cara de nuestro interlocutor. Pero yo aquí quiero consignar esta efemérides, porque es mi obligación, después de haber pasado largos años de diálogo sincero y amistoso con el gran pensador extremeño, de escudriñar por su vida, de seguirle en ese camino maravilloso de su ascensión hasta la plenitud ideológica. Coincide esta celebración con el momento en el que su producción es más estudiada y admirada en el mundo. Sabemos de distintas tesis doctorales presentadas recientemente en universidades alemanas e italianas sobre Donoso; siguen haciéndose ediciones de sus obras —últimamente en Suiza, Austria y Alemania—; Edmund Schramm y Carl Schmitt publican trabajos sobre su pensamiento, y el profesor español Leopoldo Eulogio Palacios dará este verano en la Universidad

de Quebec (Canadá) un curso completo acerca de la doctrina donosiana. Mientras esto ocurre más allá de nuestras fronteras, en España se le recuerda más para citarlo con frases sacadas de antologías poco o nada afortunadas, y se olvida el estudiar sus textos. Bien es verdad que no existe actualmente más que la colección de «Obras completas» publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos —y por tanto, como toda edición de obras completas, no puede interesar al gran público por su coste, que aun siendo prudencial, resulta elevado, y porque no todos los escritos tienen igual valor— y una edición del «Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo», de la Colección Austral, felicísima por su precio y su formato. Habría que dar a conocer por separado lo que más fácil y directamente puede llegar de Donoso al gran público, y principalmente los Discursos sobre la Dictadura, Europa y la situación de España, las Cartas al conde Raczynski, sus informes diplomáticos y una selección de su relación epistolar con distintas personalidades de la época.

Tenemos noticias que en Badajoz y en Don Benito la conmemoración centenaria de Donoso tendrá como tónica el estimular los trabajos de investigación, interpretación y estudio de la obra de su ilustre hijo. Este debe ser

también el signo de la celebración nacional. Pero la figura rebasa el ámbito nacional, y a España corresponde convocar a los especialistas de todo el mundo en las cuestiones de que se ocupó el marqués de Valdegamas, para trabajar sobre temas concretos: Filosofía de la Historia, Derecho Político, Europa. La proyección universal de su pensamiento debe reflejarse exactamente en la nación a que dedicó sus desvelos y su amor, en la tierra que le vió nacer. Los tres temas a que nos hemos referido son de viva actualidad en estos días. El gran diluvio que anunció Donoso amenaza con anegar los principios religiosos, morales y políticos de la humanidad.

Creo que no estaría de más que Madrid contara con un gran monumento a Donoso Cortés. La mayoría, por no decir todos, de los erigidos en la capital de España son honores tributados a hombres de significación plenamente liberal. En los doce años que van transcurridos desde el final de la Cruzada Nacional no se ha levantado más que un tímido e inexplicablemente exiguo monumento a Vázquez de Mella, que contrasta vivamente con el colosal que el liberalismo supo levantar a Emilio Castelar. La talla de Juan Donoso Cortés, la despreocupación histórica con que hoy puede juzgarse su personalidad, requiere que se repare



en él este olvido y esta muestra de lamentable desidia. Madrid debe erigir un monumento digno al marqués de Valdegamas, genio profético y arrebatado del catolicismo español que supo más del presente europeo que nosotros mismos sabemos.

Todo lo que no sea esto y estudiar a fondo su vida y su obra, estará de más en la celebración del centenario de Donoso Cortés.

Santiago Galindo Herrero

CATOLICISMO Y LAICIDAD

En *Reconquista* leímos hace ya unos meses, firmada por don José María Lamamié de Clairac, una brillante y contundente refutación de otro artículo, publicado en *Documentos* (1), acerca del tema «Cristianismo y Laicidad», de los publicistas franceses Mrs. Joseph Vialatoux y André Latreille, adscritos a la revista *Esprit*.

La peligrosa tesis sustentada por los citados periodistas franceses, sin rigor lógico ninguno, podría contribuir a acrecentar la confusión sobre puntos doctrinales que la Iglesia da ya por resueltos. Es por esta razón que, identificados totalmente con la postura de *Reconquista*, reproducimos con alguna extensión, y sin apenas comentarios, algunos de los párrafos más enjundiosos del señor Lamamié de Clairac.

Después de una aclaración sobre el concepto de «laicidad» que en vano intentan los articulistas distinguir del de «laicismo», se escribe en *Reconquista*:

Veamos ahora qué es lo que entienden por «laicidad», exponiéndolo con sus propias palabras:

«No vaya a creerse que Vialatoux y Latreille se colocan en una defensa de la laicidad, por razón de hipótesis o de circunstancias, como ha sido corriente en el siglo XIX y aun en el XX; no, para ellos esta «laicidad» es, «históricamente, de origen cristiano»; «representa la realización de un postulado cristiano, el de respeto a las conciencias y de la tolerancia que se sigue de él» (afirmación que toman de Mr. Garail); añadiendo por su parte que «el principio de esta laicidad ha sido establecido por el propio Cristo cuando dijo: Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»;

y con Jean Rolin que «la laicidad aparece como exactamente conforme con el precepto evangélico de la distinción entre Dios y el César»; y con el P. Ducatillon, que «ese laicismo» (éste no le llama laicidad) «es incluso la exigencia más pura de la doctrina católica»; y de nuevo por su cuenta, que «el católico actual... debe comprender que, lejos de ser la expresión de un retroceso, el Estado laico puede ser — debiera ser — la expresión de progreso» y que «un alma verdaderamente cristiana se halla en esta laicidad de rostro antirreligioso». Es decir, que Vialatoux y Latreille sostienen la laicidad como tesis, como ideal, como aquello a que debe aspirarse por todos, «hasta en una nación casi unánimemente católica».

«Que el Estado sea laico, que las instituciones sean laicas, lo que significa estrictamente, que para vivir la vida nacional y ciudadana, lealmente, sin restricciones, en plena y completa juridicidad, no se debe pedir al ciudadano que posea la fe religiosa.» «El Estado expresa en las instituciones la prise de conscience generalizada de la libertad religiosa.» «Oímos que la laicidad tal cual se ha practicado en la Europa Occidental, no se reduce a esta afirmación de libertad, sino que ha constituido, a menudo, una contrarreligión. De esta manera ha sido infiel a su esencia, a pesar de que esta esencia, esta alma, repetimos, constituye su fuerza actuante e invencible.» «Un Estado laico será el menos totalitario de los Estados.» (Frase que toman de Maritain, del que añaden, por nota, esta otra: «El credo humano es el Credo de la libertad.») «Esta laicidad puede ser llamada neutralidad, ya que se prohíbe a sí misma decidir la forma que adoptará la vida humana más allá del acto religioso: es una neutralidad de elección.» «El Estado laico, consciente de su laicidad, deberá reconocer que la vida humana aboca al problema religioso, que la finalidad de las sociedades religiosas es superior a la suya propia y que no hace otra cosa que preparar sus posibles miembros.» «El Estado debe tener en cuenta en sus leyes a las religiones, no solamente para defender contra ellas el orden natural humano y, especialmente la libertad humana, que acaso experimenten la tentación de oprimir (clericalismo), sino también para darles espacio y tiempo y todas las condiciones necesarias para el cumplimiento de su misión.» «Esta laicidad no tiene que ser tolerada, sino más bien defendida en nombre del

(1) Cuadernos donde se reúnen algunos de los trabajos presentados en las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián.

EL BIELDO Y LA CRIBA

cristianismo; y de esta manera, creyentes e incrédulos pueden instalarse en ella para vivir una comunidad de vida nacional abierta a diversas posibilidades de vida religiosa.»

Según los textos anteriores, que hemos querido reproducir literalmente, para que no se diga que alteramos el sentido que le atribuyen los autores del artículo, podemos afirmar que, según ellos, la laicidad es la posición de un Estado, neutral ante todas las religiones, cuyo ejercicio ha de hacer posible mediante leyes; y esto, por respeto a la libertad de la persona humana.

Toda la argumentación para sostener esta laicidad se reduce a estas proposiciones, que consideran fundamentales:

«Los dominios del Estado y de la Iglesia se distinguen radicalmente por el acto de fe.» «El Estado... expresa toda la vida humana más acá del acto de fe, o más bien, del acto libre que lo decide: todo el orden temporal natural es su bien común. La Iglesia representa la vida del acto de fe. Y, en consecuencia, la laicidad expresa jurídicamente la libertad del acto de fe.»

La libertad de la fe sería doblemente violada si la nación formada casi exclusivamente por católicos, decretase la religión del Estado, «pues la pequeña minoría de no creyentes podría con pleno derecho quejarse de que se diera a la expresión social de sus actos un carácter confesional». «Aun suponiendo que todos sin excepción hayan alcanzado la fe... si uno solo perdiera la fe en este Estado oficialmente católico, inmediatamente la libertad religiosa se encontraría constreñida.»

Aparte los equívocos de orden doctrinal de que está plagado el artículo criticado, abundan las imprecisiones terminológicas, que hacen más confusa la tesis sustentada. Las conclusiones no se desprenden con claridad de las premisas sentadas, aun suponiendo que fueran ciertas. El señor Lamamié de Clairac pone en evidencia esas anomalías, centrando el problema en los siguientes párrafos:

«Para los autores del artículo, la piedra clave de toda su construcción quiere ser «la libertad del acto de fe». Vamos a examinar la naturaleza de estos conceptos, la significación de estas palabras, que es lo que aquéllos no hacen. Hablamos entre católicos, y para católicos, y por tanto esos conceptos y palabras hemos de verlos a la luz de la doctrina católica.»

Pues bien, la fe, según el Concilio Vaticano, «virtus est supernaturalis qua, Dei aspirante et adjuvante gratia, ab eo revelata vera esse credimus, non propter intrinsecam rerum veritatem naturali rationis lumine perspectam, sed propter auctoritatem ipsius Dei revelantis, qui nec falli nec fallere potest».

Tenemos, por tanto, que la fe es un don de Dios, y que no podemos llegar a ella por la sola razón natural.

El mismo Concilio define así el acto de fe: «Actus ejus (fidei) est opus ad salutem pertinens, quo homo liberam praestat ipsi Deo obedientiam, gratiae ejus, cui resistere posset, consentiendo et cooperando.» Y formula el siguiente anatema: «Si quis dixerit assensum fidei Christianae non esse liberum, sed argumentis rationis necessario produci... anathema sit.»

Según las anteriores palabras, la libertad del acto de fe consiste en que el hombre puede resistir al don de Dios, o sea, a la acción de la gracia, y no prestar su asentimiento. Es decir, que a pesar de que al entendimiento se le presenten los motivos de credibilidad y la obligación de creer las verdades reveladas, y aunque actúa sobre uno la gracia de Dios, sin embargo, el individuo es libre de no aceptar la fe, y por consiguiente, de no realizar el acto de fe.

Dada la naturaleza de este acto, que es interno y el primero en orden a la salvación y al ingreso en la religión católica, es evidente que no puede ser coaccionado ni por nada ni por nadie. Si no se quiere creer, no se cree. Lo que puede ser obtenido o impedido por coacción es la exteriorización del acto de fe; pero esta exteriorización no sería verdadera expresión de fe, si no responde del acto interno, que siempre ha sido libre.

A la luz de todo esto, examinemos las proposiciones ya mencionadas de Vialatoux y Latreille. Que los dominios de la Iglesia y el Estado se distinguen radicalmente por el acto de fe, es de una impropiedad manifiesta. El acto de fe es del orden individual y por sí solo no puede formar la línea de esos dominios. Decir que la Iglesia representa la vida del acto de fe y que el Estado expresa toda la vida humana más acá de ese acto, sólo puede admitirse con un criterio muy benévolo, comprendiendo que con ello se quiere dar a entender que el fin de la Iglesia es sobrenatural, y el del Estado, temporal; pero la diferencia entre lo temporal y lo sobrenatural no es precisamente el acto de fe el que la establece.

La verdadera distinción entre la Iglesia y el Estado radica en su diferencia de origen, de fines y aun de medios para conseguirlos. El origen de la primera es sobrenatural y divino, y el del segundo, natural y humano; el fin de aquélla es la felicidad sobrenatural y eterna, mientras que en éste la natural y temporal; y en cuanto a los medios, en la Iglesia se ordenan todos al

fin sobrenatural, siendo la mayor parte sobrenaturales, aunque también puede emplear los naturales en cuanto sean precisos para conseguir su fin, mientras que en el Estado todos son naturales y ordenados al fin temporal.

Pero, aun actuando ambas sociedades como sociedades perfectas, cada una dentro de su respectiva esfera, como quiera que sus miembros son los mismos y que el fin que persiguen en la sociedad civil es de rango inferior y subordinado al sobrenatural que persiguen en la Iglesia, es lógico que, por razón de la subordinación de fines, el Estado, en la coexistencia de ambas sociedades, haya de subordinarse indirectamente a la Iglesia en diversos aspectos y circunstancias, que no es preciso ahora detallar. Esta subordinación indirecta puede y debe darse en un Estado católico; cuando, por unas u otras circunstancias, el Estado no sea católico, existirá una situación imperfecta que habrá que tolerar, si otra cosa no se puede hacer, pero que en modo alguno puede admitirse como situación apetecible e ideal, cual pretenden con su laicidad Vialatoux y Latreille.»

Rebatidas las premisas, resulta lógicamente falsa la consecuencia que de ellas quieren desprender sobre que «la laicidad expresa jurídicamente la libertad misma del acto de fe» y «es la garantía de esta libertad».

Como se demuestra claramente en los párrafos siguientes, los señores Vialatoux y Latreille, cuidando de salvar las apariencias, vienen a defender la libertad de conciencia y los más perniciosos principios del liberalismo que ellos mismos saben condenado y del que en vano intentan escapar.

Sigamos leyendo *Reconquista*:

«Pasando a las otras proposiciones de Vialatoux y Latreille, es inadmisibles querer sostener que «la libertad de la fe se viola si la nación, aun formada casi exclusivamente por católicos, decreta la religión del Estado» o, lo que es igual, si éste se declara confesional. Se da como razón que «la pequeña minoría de no creyentes podría con pleno derecho quejarse de que se diera a la expresión social de sus actos un carácter confesional». Mas ¿de dónde nace ese pleno derecho? ¿Qué tiene que ver con él la libertad del acto de fe? Ese supuesto derecho no puede ser otro que el de no verse molestado por el acto colectivo de fe de la nación. ¿Y con qué razón la persona humana puede quejarse de que la expresión social religiosa de la nación se acomode al pensar y sentir de la casi totalidad de los ciudadanos? ¿En qué país de la tierra la minoría, mucho más si es exigua, se queja ni puede quejarse de que el Estado refleje en sus leyes y en sus actos lo que la mayoría piensa y quiere, mientras este pensar y sentir no se opongan al derecho natural o a la moral? ¿O es que, cuando se trata de la religión, cambia la norma y el derecho? Una cosa es que uno se sienta molesto en una nación por sus leyes, costumbres, régimen, etc., y otra muy distinta el que tenga derecho a que todo eso se cambie. ¿Adónde iríamos a parar si la minoría tuviera derecho a que no se dijese ni hiciese nada que le desagrade? En materia de religión, a lo único que tienen derecho los no creyentes es a que no se les obligue a realizar ningún acto que implique profesión de fe; pero no a impedir que los realice el Estado en nombre de la nación, de acuerdo con el sentir de la casi unanimidad de los nacionales.»

«Más inaceptable resulta todavía la proposición de Vialatoux y Latreille al decir que «aun suponiendo que todos sin excepción hayan aceptado la fe, la libertad del acto de fe resulta también violada; porque la fe libremente aceptada puede ser libremente perdida», (el subrayado es del original), «y esta libertad humana de perder la fe no debe caer bajo el juicio del Estado. Si uno solo perdiese la fe en ese Estado oficialmente católico, inmediatamente su libertad religiosa se encontraría constreñida.» Aquí sí que los autores se descubren por completo y demuestran que lo que defienden es la libertad de conciencia del liberalismo, aunque queremos creer que no se dan cuenta de ello. Esa libertad que suponen en el que pierde la fe, no es la del acto de fe, que es un acto positivo de asentimiento a la fe católica; sino la de la apostasía. Para afirmar que haya de respetarse ésta, hay que olvidar que Dios no retira el don de la fe sin culpa del creyente, que todos tenemos obligación de conservar este don, y que la Iglesia sigue teniendo jurisdicción sobre todos los bautizados, aunque se aparten de ella, y puede imponer, e impone, penas eclesiásticas a herejes, apóstatas y cismáticos. Y esa Iglesia es la misma que anatematiza al que afirma que el acto de fe no es libre. Luego esa libertad de perder la fe es totalmente distinta y nada tiene que ver con la del acto de fe.»

«En cuanto a que ese acto de pérdida de la fe no debe caer bajo el juicio del Estado, es cuestión totalmente distinta; y sobre ella hay que decir que, cuando la Iglesia y el Estado se encuentran en la situación de normal coexistencia, es lógico que las sanciones de la Iglesia sean respetadas y tenidas en cuenta por

el Estado, y que éste vele para que el sancionado no cause daños al bien común.

»Y éste es el momento de hacernos cargo de otra afirmación de los autores, cuando dicen que «si la Constitución supone una religión, los que no la profesen se hallarán, jurídicamente, fuera de la nación, desobedecen al Estado, su falta es de la incumbencia de éste, punible por tanto por medios estatales». Esta proposición es falsa, pues carece de base real. Si una Constitución dijera que todos los ciudadanos eran o tenían que ser católicos, entonces sería cierto lo que se afirma; pero si lo que declara el Estado confesional católico — y así se suele entender tal Estado — es que la religión Católica es la religión de la nación y del Estado, no quiere esto decir que todos y cada uno de los ciudadanos, sin excepción alguna, sean católicos, sino que, por serlo la gran mayoría y en casos, como en España, la casi totalidad, la nación colectivamente lo proclama así, hace pública profesión de fe, y con ello se considera obligada a defender la religión católica, a enseñarla en sus centros de enseñanza, y a favorecer el apostolado eclesiástico. Pero por el solo hecho de que un ciudadano no sea católico, o haya dejado de serlo, ni desobedecerá al Estado, que no le manda serlo, ni se encontrará, jurídicamente, fuera de la nación, ni se le podrá castigar, como gratuitamente suponen los autores. Cuando el Estado puede proceder, y procederá, contra él, será cuando, por actos públicos de culto, de expresión o de proselitismo, atente contra la religión nacional. Y no se olvide, pues entre católicos y para católicos hablamos, que esa religión nacional católica es la única verdadera.»

Preocupados por no incurrir en doctrina condenada, Vialatoux y Latreille afirman, al margen de su artículo, que «la laicidad del Estado no entraña, en manera alguna, la separación de la Iglesia y del Estado», pero del conjunto de su tesis no se desprende tal conclusión. Son en este sentido sospechosas estas dos afirmaciones: «No le corresponde (al Estado) hacer de los ciudadanos fieles de tal o cual religión», «la preferencia que el Estado conceda por tal o cual religión se guía por su importancia nacional, no por la verdad reconocida de la religión».

Sigue el señor Lamamié de Clairac:

«¿Y a esa posición del Estado llaman los autores no entrañar separación de ambas sociedades? Lo que habrá, según ellos, será relaciones necesarias con todas las religiones, a pesar que el dominio del Estado, en sus tesis, se encuentra más acá del acto de fe, y el de la Iglesia está encerrado dentro de la vida de aquel acto, según aquella distinción radical que al principio establecen. Si el Estado laico mantendrá relaciones con todas las religiones, iglesias o comunidades de sus súbditos, no concederá a todas la misma importancia y tendrá sus preferencias. En definitiva, el Estado por una parte, no profesará religión alguna, pero, por otra, no será neutral, como antes se nos dijo, sino que preferirá aquella que mas le convenga o que crea conveniente mas en cada una de las circunstancias, o sea «según los hechos puedan variar bajo la influencia de las libertades». Verdadero oportunismo o maquiavelismo, que lo mismo puede un día inclinarse hacia la Iglesia Católica, que usarse otro día en contra de la misma, favoreciendo confesiones anticatólicas. ¿Y esta es la laicidad que tanto conviene a la Iglesia, y que representa un verdadero progreso? Ese estrechar o aflojar la relación con la Iglesia, según el criterio del Estado, ¿no es en definitiva hacerla servir a la conveniencia de éste? ¿Y no era eso lo que se le reprochaba a la Cristiandad y que se quería remediar con la distinción entre ambas sociedades que entrañaba la laicidad?»

Y ya en racha de vacilaciones y contradicciones, transcribimos el siguiente párrafo, en verdad interesante:

«La laicidad puede y debe proponer al problema de Dios, lo que conduce simplemente a hacer comprender la grandeza del destino de un espíritu y a despertar en ella (sic) la máxima responsabilidad. Pero no puede ir más allá. Faltaría por precisar lo que implica como actividad especial esta religión natural. Una cosa nos parece clara; el niño educado en este ambiente de laicidad tendría el sentido del mismo, el sentido de lo sagrado, que invade siempre al hombre cuando se asoma a su propia profundidad. Tendría

respeto a las religiones existentes sabiendo que son las que dan respuesta a este problema de Dios. Tendría inquietud religiosa... Nosotros no vemos qué forma especial podrá adoptar esta religión necesaria.»

En el anterior párrafo nos limitamos a señalar tres cosas. La primera, que implica una contradicción de los autores con una afirmación precedente, en la que han dicho, al explicar la laicidad, que si un Estado laico impusiera «a sus nacionales la religión del hombre, imponiendo a la libertad humana su decisión, no sería ya verdaderamente laico, sino religioso; es decir, que antes se afirmaba que el Estado no podía imponer ni una religión natural, y ahora los autores la consideran necesaria en la educación del niño. En segundo término, que esa religión necesaria no saben ni ellos mismos qué forma especial podría adoptar. Y por último, que de la educación del niño en ese ambiente de laicidad, se seguirían efectos saludables, entre los cuales se hallaría nada menos que el respeto a todas las religiones. ¡Pobre niño! ¡A qué aberraciones lleva el afán de justificar y defender como un ideal y un progreso lo que es inatendible! ¿Y esa es la laicidad que se nos quiere presentar como históricamente de origen cristiano, como la exigencia mas pura de la doctrina católica, como exactamente conforme con el precepto evangélico?»

«Digamos, para terminar, que en España tenemos que rechazar con mayor firmeza esa tesis de la laicidad del Estado; y esto no precisamente por lo que dicen Vialatoux y Latreille de que «sería vano y por otra parte odioso obligar a las conciencias a vivir la laicidad abierta si no estuviesen todavía en el estado de espíritu que hace posible y deseable esta laicidad». Lo avana, gracias a Dios, no estamos, y quiera El que no lo estemos nunca, en ese espíritu, que se quiere presentar como un progreso, y que nuestras mentes de católicos, fieles a las palabras de los papas y a nuestra tradición histórica, no pueden comprender. Es que nosotros, en el Estado de Unidad Católica que tuvimos durante largos siglos, y en el Estado confesional con tolerancia cual lo tuvimos en la Monarquía liberal y cual lo tenemos ahora de hecho, y lo mismo en el Estado con libertad de cultos que nos oprimió en las dos Repúblicas, siempre hemos creído que aquel Estado de Unidad Católica es la meta que hay que perseguir cuando no se tiene, y la situación que hay que conservar y defender cuando de ella se disfruta. Queremos esa unidad de fe de que nos habla S. S. Pío XII, en la que la religión impregna profundamente de fe cristiana toda la sociedad, y queremos aquella civilización cristiana que nos dice Pío X que continuamente hay que restaurar sobre sus cimientos naturales y vivos. ¡Ah! Y tengase en cuenta que el Estado Católico no tiene que ser, es más, no debe ser totalitario.»

«Concluimos lamentando que las Conversaciones Internacionales Católicas de San Sebastián se hallen atrasadas, al cabo de años, en discutir problemas que, como dice muy bien el citado Mr. Lefevre, se juzgaban resueltos entre católicos hace mucho tiempo. «Aislados de la religión — dice Pío XII en la citada Alocución —, ¿cómo estos derechos (los del hombre) y todas las libertades podrán asegurar la libertad, el orden y la paz?» Aquí, y sólo aquí, está el punto de partida para las Conversaciones Internacionales Católicas, añade Mr. Lefevre. Y nosotros, por nuestra parte, decimos que quienes no acepten este punto de partida y pretendan discutir lo ya resuelto, constituirán un peso muerto que hará estériles las Conversaciones. El *in dubiis libertas* de la divisa de éstas no se puede aplicar a estos problemas ya resueltos.»

CRISTIANDAD, que ve en los principios y prácticas liberales, fruto del naturalismo imperante, el principal obstáculo a la implantación de un orden sobrenatural en la vida de los hombres, objeto de sus campañas, no puede menos de suscribir íntegramente la defensa viril que del ideal católico hace el señor Lamamié de Clairac en las páginas de *Reconquista*, ahora que todo parece conspirar contra la manifestación limpia y clara de los principios que siempre defendió la Iglesia, únicos que pueden mantener para el mundo la esperanza de salvación y de paz.

R. C. V.

PREDICACION DE SANTIAGO EN ESPAÑA

Nuestro estimado amigo y colaborador Fr. Terenciano Montero O. M. I. nos envía, desde San Antonio de Texas (Estados Unidos), este valioso trabajo, cuya publicación, al aproximarse la fiesta del Apóstol Santiago, Patrón de las Españas, nos honramos en iniciar, para proseguirla en números sucesivos.

La Iglesia recoge en la Misa y Oficio de la fiesta de Santiago el Mayor, 25 de julio, la antiquísima tradición que tanto nos honra a los españoles y que hace de España la porción escogida de uno de los tres Apóstoles predilectos del Señor.

Esta tradición tan gloriosa para España tiene sus raíces en un hecho histórico innegable, la traslación del cuerpo del Apóstol desde Jerusalén a Iria Flavia de Galicia, *inmediatamente* después de su martirio, por sus discípulos San Atanasio y San Teodoro, cuyas reliquias se veneran junto al sepulcro del Apóstol en Santiago de Compostela. Al ser descubiertas el 28 de enero de 1879 las sagradas reliquias del Apóstol y sus dos discípulos, por el tesón y diligencia del Arzobispo de Santiago, Cardenal Miguel Payá y Rico, perdidas desde 1589 y ahora colocadas en preciosa urna detrás y debajo del altar mayor, donde fueron encontradas, el Papa León XIII, por las letras apostólicas *Omni-potens Deus*, dadas *urbi et orbi* el 1.º de noviembre de 1884, ratificó la sentencia del Arzobispo de Santiago sobre la veracidad de las reliquias por aquellas solemnes palabras:

«Aprobamos y confirmamos de ciencia cierta y por Nuestra propia iniciativa y en virtud de Nuestra autoridad la sentencia de Nuestro Venerable Hermano el Cardenal Arzobispo de Compostela sobre la identidad de los sagrados cuerpos del Apóstol Santiago el Mayor y de sus santos discípulos Atanasio y Teodoro, y decretamos que esta sentencia tenga perpetuamente fuerza y valor.» (Revista *CRISTIANDAD*, núm. 9, 1.º de agosto de 1944.) Por dichas letras, León XIII vino a ratificar la venerable tradición sobre el traslado del cuerpo del Apóstol, cuyo feliz hallazgo por el monje Pelayo y el obispo Teodomiro, el año 813, fué anunciado a la cristiandad por su predecesor San León III (795-816). En ese hecho histórico, repetimos, tiene sus raíces, *incomovibles* y profundas, la tradición sobre la venida del Apóstol Santiago a España y su ministerio en nuestra patria durante los once años de su apostolado (su martirio en Jerusalén acaeció el año 44, según la opinión más probable).

En vano los enemigos de esta tradición han querido negar la fuerza de este argumento posponiendo en su imaginación llena de prejuicios el traslado de las reliquias hasta la toma de Jerusalén por los musulmanes hacia el año 640. En primer lugar, los musulmanes respetaron al principio los Santos Lugares, y las peregrinaciones continuaron como antes. En segundo lugar, parece extraño que los padres de la entonces floreciente Iglesia visigótica, San Ildefonso de Toledo, San Braulio de Zaragoza, etc., no se dieran por enterados de tal traslación. Al contrario, no faltan, como luego veremos, testimonios de esos padres en favor de nuestra tradición, mientras guardan absoluto silencio sobre esas suposiciones de nuestros adversarios.

En tercer lugar, si el motivo de la supuesta traslación de las reliquias en el siglo séptimo era evitar profanaciones, más cerca estaba Roma que Galicia. Finalmente, las piedras mismas del sepulcro del Apóstol, que estuvo ignorado por varios siglos, claman en contra de tales suposiciones; pues, como dice León XIII, y comprueban los restos de losas de mármol que aun se conservan, se trataba «de

una cripta a la usanza romana», lo cual prueba su remota antigüedad y la falsedad de las gratuitas suposiciones de los adversarios.

Una advertencia

A propósito de la tradición que aquí defendemos —la venida de Santiago a España y su predicación en nuestra patria— viene muy al caso lo que dice don Julián Cantera Orive en su artículo sobre «La aparición de Santiago en Clavijo» (revista *CRISTIANDAD*, 15 de julio de 1948):

«Ante todo, bueno será advertir que jamás podrá probarse positivamente que no hubo tal batalla ni tal aparición. Todo cuanto se aduce en contra es puramente negativo. Pues aunque no existiera testimonio escrito favorable hasta varios siglos después del hecho, también es cierto que no podrán citarse autores en contra de la tradición más antiguos que aquellos que se atrevieron a negarla o a ponerla en duda. Es indiscutible que por varios siglos la tradición se vino creyendo sin contradicción alguna, con admirable unanimidad. Por lo cual pregunto: ¿por qué han de tener más autoridad las negaciones de autores posteriores o recientes que las afirmaciones de autores más antiguos, aunque no contemporáneos del suceso?... En consecuencia, esta tradición unánime, universal y constante tiene tanto valor como un documento escrito contemporáneo, ya que tal escrito, por excesiva importancia que se le quiera conceder, nunca podrá producir más que una certeza moral que depende de la solvencia del autor. No he podido convencerme nunca de por qué aquellos que tan reacios se muestran en admitir las tradiciones se entregan sin dificultad ninguna a un pergamino o a un papel a veces anónimo. Y aunque se supiese el nombre, ¿quién nos garantiza la solvencia moral de aquella firma que incluso puede ser supuesta?... Si a un labrador no se le puede despojar de su heredad, disfrutada pacíficamente por sus mayores, aunque no tenga el título escrito, ¿con qué derecho se despojará a un pueblo de sus tradiciones, aunque falten documentos escritos?»

Lo dicho no es, como vulgarmente se dice, «abrir el paraguas antes que llueva» o admitir que no haya documentos escritos fidedignos lo mismo en pro de la tradición que aquí defendemos que en pro de la que victoriosamente defiende dicho autor en el lugar citado. Sencillamente queremos recordar, porque viene al caso, la fuerza y valor de las tradiciones orales cuando son «unánimes, univesales y constantes». Y más cuando están refrendadas por documentos escritos que corroboran la tradición. Con ese argumento, aunque indirecto, en favor de las tradiciones, queremos salir al paso y contraatacar a nuestro adversario con este argumento *ad hominem*: «A ti te toca probar que tal hecho, afirmado por la tradición, no existió. Mientras no se pruebe lo contrario, tenemos derecho a seguir creyendo en la tradición.» Esto se puede aplicar a la evangelización de España por el Apóstol Santiago; a la traslación de sus reliquias *inmediatamente* después de su martirio, y a la aparición de la Virgen del Pilar a Santiago en Zaragoza.

(Continuará)

Terenciano Montero, O. M. I.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

HISTORIA DE FATIMA, por Antonio González Morales. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Osma.—«Colección Piscis», de la «Biblioteca Príncipe». Editorial ESCELICER, S. L. Madrid y Cádiz.

Su Santidad el Papa Pío XII, gloriosamente reinante, ha señalado Fátima como lugar de clausura del Año Santo undial. En estos momentos gravísimos para la humanidad, la decisión pontificia cobra valor extraordinario y hará converger las miradas de todo el orbe hacia Fátima. Los católicos, renovaremos nuestras esperanzas, nuestra fortaleza y la seguridad salvadora de nuestra doctrina. Los no católicos, con curiosidad con respeto o con desprecio, mirarán también hacia Fátima. ¡Quiera Dios que las brasas ardientes, para unos, o las chispas, para otros, del mensaje sobrenatural de Fátima que a todos llegará, remuevan los espíritus y dirijan a la sociedad universal, a las naciones, a las familias y a los individuos, hacia el único camino donde hallarán la salud y la paz! La Iglesia lo ha señalado, una vez más, recordando al mundo el mensaje sobrenatural de la Virgen Santísima.

Cuando leímos la «Historia de Fátima», de González Morales, nos llegó la anterior noticia. La oportunidad del libro, no esperada ni buscada por el autor ni por el editor, realza más su interés. Todo cuanto en estos momentos tiende a divulgar y estudiar los hechos de Fátima, contribuye a la mejor comprensión del designio papal y al mayor conocimiento de lo que el mundo puede esperar si cumple con el divino mensaje de Fátima.

La «Historia» de González Morales no pretende tratar las apariciones de Fátima con rigor de estudio científico. Es una obra divulgadora. Relata los sucesos en forma amena tal que pueden seguirse con el interés atrayente de una historia novelada. Pero como el contenido está cuidado con esmero, contrastando autorizados trabajos, ateniéndose a un criterio de estricta veracidad, no cae el autor en las notorias inexactitudes en las que incurren muchos escritores de historias noveladas, más atentos al interés novelístico que al histórico.

Unáse a ello el sentimiento de devoción que transpira la obra por todos sus poros. Sentimiento reflejado a todo lo largo de la «Historia de Fátima» en forma tan sentida que no puede menos que trasladarse al ánimo del lector y despertarlo en él.

El lector siente también el placer literario del castellano puro y castizo con que la obra está escrita.

Nacido el autor en la región vallisoletana, ha narrado su «Historia» con la hermosa pulcritud con que se conserva la lengua cervantina en la vieja Castilla.

Por todo cuanto llevamos dicho, la «Historia de Fátima» cumple perfectamente el propósito divulgador con que fuera escrita. Es una obra cuya comprensión está al alcance de todos. Si hubiéramos de ponerle algún título que la califique con exactitud diríamos que es una «historia popular», perfecta en la forma, en el fondo y en la devota intención que la anima.

Nos narra las apariciones de la Virgen, las apariciones preparatorias del Ángel, la historia de los pastorcillos, desde la Primera Comunión de Lucía hasta su internamiento en el Asilo de Vilar, después de la muerte de Francisco y Jacinta. Nos describe las familias de los tres primitos y el ambiente revuelto del Portugal de aquella época; la vida de los lugares en que vivieron los tres videntes y el carácter, ingenuamente simpático, de cada uno de éstos y de las personas que intervienen en los sucesos de Fátima.

El Sr. Obispo de Osma, Dr. Rubio Montiel, al prolongar la obra hace hincapié en dos grandes lecciones de Fátima: la de la auténtica paz y la de los «milagros morales». Sobre ambos extremos dice: «Sí; la paz entre los hombres requiere ciencia, y añadíramos que técnica; y el principio de la sabiduría es el temor de Dios. Estas verdades que parecen tópicos manidos, sin valor ni circulación entre los rectores de los pueblos, son, sin embargo, las que explican la terrible esterilidad de los intentos de organizar el mundo desde que Lucía, Francisco y Jacinta veían y escuchaban a la Virgen en la Serra do Aire» Añadiendo: «Lo que haya de verdad en las maravillas que parece obrar en algunos enfermos de la invocación de la Virgen de Fátima, es poco si se compara con esos «milagros morales» de que habla el Pontífice; con esos portentosos de la gracia recobrada, de la vida espiritual renacida en miles de almas que han acudido a la Señora para que ayude su fe, acaso para que se la infund, y siempre para que las cure de sus pecados. He aquí la mejor piedra de toque en la veneración a la Virgen portuguesa.» Porque el mundo de hoy, con ser grandes sus misericordias y ruinas materiales, necesita más de «milagros morales» que de milagros materiales o corporales.

La «Colección Piscis» y la misma editorial Escelicer, que cuentan en su haber con notables libros de cultura religiosa, como por ejemplo, «La Biblia es verdad, pueden apuntarse este otro indudable acierto de la «Historia de Fátima» por Antonio González Morales.

Luis Luna

LIBROS RECIBIDOS

La Sacra Bibbia. Storia dei Tempi del Nuovo Testamento, por U. Holzmeister, S. J., Professore nel Pontificio Istituto Biblico. Casa Editrice Marietti. Torino (Italia).

Grammatica della Lingua Ebraica, por el P. A. Carrozzini, S. J. della Pontificia Facoltà Teologica «S. Luigi». Napoli-Posillipo. Casa Editrice Marietti. Torino (Italia).

La vida eterna y la profundidad del alma, por R. Garrigou-Lagrange, O. P., Col. Patmos, Ediciones Rialp, Madrid, 1950.

La vida en Dios, introducción a la vida espiritual, original de un cartujo alemán, anónimo, publicado por F. Krousededer, Col. Patmos, Ediciones Rialp, S. A., 1951.

El Evangelio y el Mundo de hoy, por José M.^a Sarabia, S. I., Ed. «Sal Terrae», Santander, 1951.

Consideraciones Espirituales para realizar la purificación del alma, por E. Otaduy, S. I., Ed. «Sal Terrae», Santander, 1951.

DE LA QUINCENA RELIGIOSA

ENCÍCLICA DE SU SANTIDAD EL PAPA «HERALDOS DEL EVANGELIO»

Con fecha 16 de junio se ha dado cuenta en Roma de la publicación por Su Santidad el Papa de la Encíclica «*Evangelii Praecones*». La encíclica está fechada en 2 de junio y constituye una exposición de las actividades misionales de la Iglesia en los últimos veinticinco años, o sea, desde la publicación, por Pío XI, de su Encíclica «*Rerum Ecclesiae*», sobre temas, asimismo, misionales.

Después de señalar la concurrencia de ese vigésimoquinto aniversario, dice el Papa: «En los momentos presentes, en medio de tiempos turbulentos y amenazadores y cuando no pocos pueblos se hallan enemistados por razón de opuestos intereses, Nos ha parecido oportunísimo recomendar una y otra vez tal causa, ya que los mensajeros del Evangelio enseñan a todos la bondad humana y cristiana y les exhortan a aquella fraterna y común hermandad que supera las disputas de los pueblos y las fronteras de las naciones.»

Insistiendo en ese punto, añade el Papa a continuación: «Por lo cual cuando hablamos a los directores de las obras misionales pontificias..., dijimos entre otras cosas lo siguiente: «... La índole de vuestro trabajo fraternal y vuestro carácter internacional hacen evidente y como palpable aquel signo distintivo de la Iglesia Católica, que es la negación y la antítesis de la discordia, por efecto de la cual las naciones se hallan turbadas y sacudidas: queremos decir la universalidad de la fe y del amor que se extiende más allá de todos los campos de batalla y de todas las fronteras de los Estados, de todos los continentes y de todos los océanos, universalidad que os estimula y aguijonea hacia la meta a la que tendéis de hacer coincidir los confines del Reino de Dios con los del mundo.»

Enumera Su Santidad los progresos obtenidos en la labor misional en esos últimos veinticinco años, de los que dan idea las siguientes cifras: en 1926 eran 400 las misiones establecidas; hoy son 600, y mientras los fieles de países de misiones no superaban entonces los quince millones, hoy llegan casi a los veintiocho millones. Semejante crecimiento se advierte en el número de misioneros y de sacerdotes indígenas, ya que de la cifra de 14.800 de entonces, se ha pasado a la de 26.000 en la actualidad. En el orden de los progresos cita Su Santidad la celebración de tres importantísimos Concilios Plenarios, y la creación de institutos y fundaciones misionales de diversa índole y actividad.

La encíclica muestra a continuación a precio de qué sacrificios se hayan conseguido en gran parte los

antedichos progresos: «Estos avances providenciales de la causa misional no sólo han costado sacrificios y fatigas a los sembradores de la divina palabra, sino también martirios cruentos, heroicamente soportados», dice Su Santidad.

«Y si no han faltado, dice el Papa, tras señalar la invicta constancia de los héroes de la fe, tentativas de separar a los hijos de la Iglesia Católica de la unión con Roma y con esta Sede Apostólica, como si ello viniese exigido por el amor y la fidelidad debidos a la propia nación, con todo derecho y justicia pudieron y pueden aquéllos responder que no ceden a ningún ciudadano en el amor patrio, pero que sí desean con la máxima sinceridad poder gozar de una libertad justa.»

El misionero, los fines de la misión, el clero indígena, la Acción Católica en las misiones, son otros tantos puntos tratados extensamente en la encíclica. Asimismo dedica Su Santidad especial atención al respeto que debe guardarse a lo que haya de bueno y aceptable en las costumbres de los distintos pueblos misionados.

El Papa pone fin a la encíclica con un llamamiento a todo el mundo católico en favor de las misiones: «No queremos terminar esta encíclica, dice, sin volver con afecto nuestro pensamiento al clero y a los fieles de todo el mundo católico y manifestarles, ante todo, nuestra viva gratitud. Este año en verdad han experimentado un sensible aumento las ayudas a las misiones. Ciertamente, en ninguna obra más útil que en ésta, puede emplearse vuestra caridad, ya que está destinada a extender el Reino de Cristo y a procurar la salvación de tantos infieles, pues el Señor «ha encomendado a cada uno... tener cuidado de su prójimo».

«Por lo cual nos place ahora, movidos de nueva solicitud, instar otra vez aquello que decíamos, a 9 de agosto de 1950, a nuestro amado hijo el Cardenal Presbítero de la S. R. I., Pedro Fumasoni Biondi, Prefecto de la S. C. de Propaganda Fide: «Todos los fieles perseveren en el empeño comenzado de atender a las sagradas expediciones, multipliquen en bien de ellas sus recursos, eleven a Dios sin cesar fervientes oraciones, ayuden a los llamados a los ministerios misionales, procurándole según sus necesidades los auxilios necesarios.»

«La Iglesia es, en efecto, el Cuerpo Místico de Cristo, en el cual si un miembro padece algo, todos los miembros se compadecen» (1 Cor. 12, 26). Por donde si muchos de estos miembros son atormentados hoy, con acerbos dolores y se encuentran acabados por las heridas, todos los fieles tienen la sagrada obligación de unirse a ellos con los vínculos de la solidaridad y de la

simpatía. En ciertos países de misión, el furor bélico ha destruido y arrasado no pocos puestos, escuelas y enfermerías, de manera horrenda. Para reparar todos esos daños, para reedificar de nuevo tantos edificios, todo el mundo católico que, es sabido, muestra su singular solicitud y caridad en pro de las sagradas expediciones misionales, ofrecerá los auxilios necesarios.»

DISCURSO DE SU SANTIDAD

A LOS INGENIEROS Y ARQUITECTOS

Todos los católicos desde el puesto particular en que les coloca su actividad profesional, están llamados a cooperar al bien común. Nuevamente pone de manifiesto Su Santidad la verdad de ese principio al dirigirse a un grupo de ingenieros y arquitectos:

«En varias circunstancias habíamos tenido ocasión de manifestar nuestro interés por el ejercicio de vuestra profesión. De hecho —para no hablar sino de la mayor y más grande de vuestras actividades, de la de vuestro ilustre Presidente e insigne Maestro, queremos decir de la urbana—, ¿cuáles son sus múltiples objetos? Procurar con toda diligencia un hogar decente, sano y, en cuanto sea posible, confortable, a todos, especialmente a tantos desventurados, expatriados, refugiados, errantes, sin tardanza; hacer surgir o realzar de las ruinas los edificios públicos necesarios o útiles para la vida social, económica, comercial, industrial; construir los que demandan la cultura intelectual, moral, artística, como las escuelas, los institutos, los museos; levantar a la gloria de Dios y para las necesidades religiosas de las poblaciones, santuarios y templos, dignos de su fin sublime.»

AUDIENCIA DE SU SANTIDAD

AL CANCELLER ADENAUER

El Santo Padre ha concedido una audiencia especial al canciller alemán Adenauer, que como es sabido realizó en los últimos días un viaje a Italia. Los comunicados de la prensa resaltan la benévola acogida dispensada por Su Santidad al ilustre político alemán, fervoroso católico, señalando al respecto la notable duración de la entrevista. Un portavoz del doctor Adenauer, comunica la agencia EFE, dijo que éste expresó a Su Santidad su agradecimiento por la generosa ayuda prestada por la Santa Sede a Alemania, durante los últimos años. «El Santo Padre, dijo el portavoz, ha demostrado estar por completo al corriente de las actuales condiciones de nuestro país y expresó también la franca simpatía que siente hacia Alemania.»

CANONIZACIÓN DE LAS BEATAS

EMILIA DE VIALAR

Y MARÍA MAZZARELLO

El día de la festividad de San Juan Bautista tuvo lugar en la Basílica Vaticana la solemne canonización de las Beatas Emilia de Vialar y María Mazzarello. De nacionalidad francesa, la primera fundó el Instituto de religiosas de Santa María de la Aparición. La segunda, italiana, trabajó en el apostolado al lado de Dom Bosco. En el elogio de las nuevas Santas realizado después del acto de la canonización, Su Santidad las ofreció como modelo para el siglo actual, en el que, dijo, «muchos parecen repudiar la salvación eterna al preferir los placeres de la vida terrena».

EL PROCESO CONTRA EL ARZOBISPO

SUCESOR DEL CARDENAL MIDSZENSTY,

MONSEÑOR GROESZ

El viernes 22 de junio dió comienzo la vista del proceso contra el Arzobispo Mons. Groesz y ocho personas más acusadas de espionaje y conspiración contra el Estado húngaro. El juicio se celebra ante uno de los llamados tribunales populares. Monseñor José Groesz, que cuenta en la actualidad 64 años, sucedió al Cardenal Midszensty, primado de Hungría, cuando fué condenado a cadena perpetua hace dos años.

Las noticias que afirmaban hallarse preparada de antemano, a base de los procedimientos coactivos ya clásicos en los países filosoviéticos, una supuesta confesión de los procesados, algunos de cuyos pasajes vieron la luz hace algunos días en los periódicos comunistas de Hungría, han sido confirmadas al parecer, por las declaraciones de los acusados. Se acusaba a estos de estar en contacto, por medio de legaciones «imperialistas» con el Arzobispo de Nueva York Cardenal Spellman, con el Archiduque Otto de Habsburgo, y con Mons. Montini, substituto de la Secretaría de Estado del Vaticano; se decía además que algunos de ellos habían traficado en divisas y ayudado a esca-

par a varias personas de Hungría, fuera del cargo general, que alcanzaba a todos de conspirar para la caída del Gobierno.

Cuantos declararon en el primer interrogatorio «confesaron» según estaba previsto. Todos reconocieron que formaban parte de una organización extremista cuya finalidad era derrocar al Gobierno. Mons. Groesz ha «confesado», se dice, haber celebrado una reunión con el ministro de Estados Unidos y el de Gran Bretaña, y que en ella se había hablado de la posibilidad de una ocupación de Hungría por los norteamericanos. «Al parecer, dice la prensa, el prelado contestó afirmativamente a la pregunta del fiscal, Slapy, de si había tratado de derribar al régimen, y, en cambio, guardó silencio cuando agregó el acusador: «Desde luego sería con rebelión armada y ayuda norteamericana.»

La máscara del patriotismo sirve a maravilla a los actuales perseguidores de la Iglesia para ocultar sus verdaderos intentos. Pero la máscara aparece como lo que en realidad es a los ojos de todo el mundo civilizado. A despecho de las más perversas acusaciones de traición y de antipatriotismo, el único «pecado» de los acusados consistirá en haber procurado con exposición de sus vidas obtener para sus compatriotas un modo de vivir conforme con la dignidad humana.

BENDICIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA

DE LA CASA DE EJERCICIOS ESPIRITUALES DE POZUELO DE ALARCÓN

El día 3 de junio, Mons. Zacarías de Vizcarra, Obispo titular de Ereso y Consiliario General de la Acción Católica Española, bendijo solemnemente la primera piedra de la Casa de Ejercicios Espirituales que los Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey construyen en Pozuelo de Alarcón.

«La meditación del fin del hombre bastaría ella sola para restablecer todo el orden de la sociedad», dice León XIII, refiriéndose a los Ejercicios de San Ignacio. Y de ellos ha afirmado Su Santidad el Papa Pío XII que «serán siempre uno de

los medios más eficaces para la regeneración espiritual del mundo y su recta ordenación».

Estas palabras ponen debidamente de relieve la fuerza social de los Ejercicios ignacianos y hablan muy alto, de consiguiente, en favor de la importancia de una obra, como la de los Cooperadores Parroquiales, que quiere hacer de aquella palanca poderosísima, para la implantación del Reino de Cristo entre los hombres. La obra de los Cooperadores Parroquiales fundada por el P. Vallet, ha ejercido a través de los Ejercicios Espirituales, en los que concreta su misión específica, positiva y provechosa influencia, principalmente en Francia y Uruguay. En Francia, particularmente, la semilla de los Ejercicios lanzada por la Obra, ha cuajado en la formación de fervorosos grupos de católicos que enarbolan los principios del Reino de Cristo como ideal en el que han de converger las aspiraciones de los que anhelan ofrecer al mundo una bandera de auténtica salvación. Por lo que hace a España, los abundantes frutos recogidos desde la relativamente reciente implantación de la obra, descubren ya para un futuro inmediato un panorama pródigo en espléndidas realidades.

LAS X JORNADAS NACIONALES

DE LOS HOMBRES DE ACCIÓN CATÓLICA

Han tenido lugar en Madrid las X Jornadas Nacionales de los Hombres de Acción Católica. El problema del apostolado en las distintas profesiones y en los ambientes rurales ha sido estudiado con preferencia por los asistentes a las jornadas. La asamblea prestó también su atención al apostolado católico en el cine y la radio. Se dió cuenta del comunicado del Comité directivo de la Federación Internacional de Hombres Católicos, en el que se anuncia el propósito de dicha Federación de celebrar en Barcelona su próxima asamblea. La clausura de las Jornadas se realizó el día 24, bajo la presidencia del Obispo Consiliario Nacional de la Acción Católica, Mons. Zacarías de Vizcarra.

HIMMANU-HEL

«El Papa es en la Iglesia el primero después de Dios. Para llenar su misión le es necesaria una gran santidad. La fuerza no es suficiente, el dinero no basta, el genio mismo tampoco basta, si no recibe la virtud de lo alto.»

(De la Pastoral del Patriarca de Venecia José Sarto, con ocasión del Jubileo Episcopal de León XIII. Año 1894.)

LEYENDO Y BRUJULEANDO

¿QUIEN PROVOCARA LA TERCERA GUERRA MUNDIAL? - El rearme de Yugoslavia y el desarme de Occidente. - España, Siria y el Pacto Mediterráneo. - ¿Qué uso hará Tito de las armas «anticomunistas»? - Datos significativos de las elecciones italianas. - El Estado Mayor norteamericano y las tropas españolas. - Elecciones en Francia. - Gran Bretaña arría otra bandera.

Del 7 al 12 de Junio

¿QUIÉN PROVOCARÁ

LA TERCERA GUERRA MUNDIAL?

La «posibilidad de una guerra para este mismo año», es la hipótesis que ha llevado al conocido periodista norteamericano Joseph Alsop, a tener una interesante conversación con «cierto alto funcionario del Gobierno laborista», en Londres. Alsop, cuyas concomitancias con ciertos personajes del partido demócrata y del Pentágono han sido harto divulgadas, nos cuenta el estado de ánimo que predomina entre los dirigentes socialistas de la Gran Bretaña, desde las páginas de «El Correo Catalán».

La conversación de referencia giró —como indicamos— alrededor de la inminencia de una tercera guerra mundial, «provocada por el ataque ruso a Yugoslavia». El alto funcionario británico, dijo entre otras cosas:

«Si ha de estallar este año, que estalle. Por mi parte, no deseo ningún nuevo Munich. Pero debe usted comprender que en tal caso, ello representa el fin de nuestras islas, el fin de Europa, el fin de todo aquello que nos es querido. Nuestra esperanza reside en que el golpe llegue cuando nuestros preparativos de defensa se hallen terminados.»

Alsop llega a la conclusión de que el deseo del laborismo es evitar que los comunistas puedan aprovecharse del más mínimo pretexto para desencadenar la guerra. Gran Bretaña se halla actualmente indefensa; el programa aéreo de Occidente está muy atrasado, y precisa un espacio de tiempo que se calcula entre un año y dieciocho meses para conseguir cierta eficacia.

Claro está que ese razonamiento parte de la hipótesis de que la Unión Soviética sea la agresora, precisamente mediante un ataque a Yugoslavia, pero ¿no caben otras suposiciones? Asegura Alsop que en Londres dudan de las intenciones de Washington, hasta el punto de que algunos ministros y jefes militares piensan «que los Estados Unidos tratan de desencadenar una nueva guerra».

EL REARME DE YUGOSLAVIA

Y EL DESARME DE OCCIDENTE

Esta nueva hipótesis trastornaría por completo todas las teorías levantadas hasta hoy, partiendo del supuesto de que la URSS es quien tiene deseos de desencadenar la ofensiva. Ahora bien, aceptado el criterio que,

al parecer, prevalece en Inglaterra, ¿qué papel tendría asignado Yugoslavia? La rebelión de Tito no es muy clara, ni tal vez, muy justificada. Por otra parte, resulta algo difícil comprender el por qué la Unión Soviética habría de buscar el pretexto de un ataque contra Belgrado para desencadenar la guerra mundial. ¿Por qué precisamente contra Yugoslavia? ¿Por qué no lanzarse, pongamos por caso, a ocupar los Estrechos cerrando así la entrada al Mar Negro?

En la hipótesis de Londres, Yugoslavia podría ser una trampa inmensa, no tanto para provocar la guerra como para dejar abierto uno de los sectores más importantes del Occidente, singularmente la península italiana. Y quien dice Italia, dice Roma...

No deja de ser curioso que mientras Francia y Gran Bretaña ponen toda clase de obstáculos y dificultades en orden a su rearme interior, acuerden amplios créditos a Tito, y que al tiempo que se deja al aire la cuestión de la defensa de Turquía y Grecia, el jefe de Estado Mayor del ejército yugoslavo reciba las mayores atenciones por parte de las autoridades competentes norteamericanas, deseosas de facilitar material de guerra a un país más radicalmente comunista que la Unión Soviética.

¿Qué misterios se ocultan detrás de tan extrañas confusiones?

Pero, además, si conforme a la propaganda anticomunista de marcado tinte liberal, la URSS está preparando la invasión de la Europa occidental, ¿a qué vienen las manifestaciones que hace Foster Dulles en la capital británica asegurando que «existen motivos para esperar que no habrá una tercera guerra mundial»? ¿Y a qué responden las seguridades del ministro francés de Asuntos Exteriores, Schuman? Este personaje acaba de decir en Strasbourg: «Yo no creo en una próxima guerra. Nosotros podemos perfectamente construir la paz, que precisamente ha de ser consolidada en Europa.»

Resulta muy difícil compaginar tales afirmaciones con la acusación constante de que la Unión Soviética se prepara a atacar, así como con la necesidad de intensificar el rearme de Occidente. Pero, ¿quién ha dado a Foster Dulles y a Schuman tales seguridades?

El problema de las relaciones entre Oriente y Occidente aparece cada día más embrollado. Es difícil averiguar las verdaderas intenciones de unos y otros, y de todos juntos. La situación internacional está do-

minada por el caos y el confusio-

nismo. ¿Quiénes son nuestros amigos? ¿Dónde se ocultan los enemigos del mundo cristiano?

Si supiéramos quiénes provocan y controlan el caos podríamos contestar adecuadamente a estas inquietantes preguntas...

ESPAÑA, SIRIA

Y EL PACTO MEDITERRÁNEO

En la quincena anterior, invitábamos a nuestros queridos lectores a prestar la máxima atención a las interesantes palabras pronunciadas por el embajador señor Lequerica en Detroit (1).

En la presente, nos hemos de referir al eco que las manifestaciones del señor Lequerica han obtenido en Gran Bretaña y singularmente en los Estados Unidos.

Según el corresponsal del «Diario de Barcelona» en Londres, el «Daily Telegraph» escribe: «España está dispuesta a penetrar en la defensa del oeste de Europa, según indica su embajador en Estados Unidos. Es intolerable que los anacrónicos prejuicios del socialismo de nuestro país, y en Francia, obliguen a los españoles a ofrecer su cooperación directamente, en convenios separados, a los Estados Unidos y a Portugal.»

Otro corresponsal en Nueva York, después de referirse a la propuesta de siete senadores reclamando que se inicien los trámites de un Pacto Mediterráneo que ponga fin al aislamiento de España, afirma: «Excepto unos cuantos elementos atrincherados en el Departamento de Estado, tras el baluarte oriental del «New York Times» que representan, antes que los intereses de los Estados Unidos y la causa de las buenas relaciones internacionales, inconfesables prejuicios de secta en los que encuentran el apoyo de algún que otro alto personaje (2), tanto entre el pueblo como entre los dirigentes de los Estados Unidos, hay más norteamericanos de acuerdo sobre España que sobre ningún otro problema internacional.» Y más adelante añade: «Cuando se haga la historia de los últimos cinco años, los historiadores se devanarán los sesos buscando motivo a la hostilidad de Norteamérica contra un país que como España no se metió con nadie y tiene tendida su mano a todas las amistades.» (¿A todas?) Para con-

(1) Véase el fragmento de la Quincena Política titulado: España, Portugal y Norteamérica. Unas palabras del señor Lequerica, núm. 174, pág. 288.

(2) ¿Qué quieren dar a entender esas enigmáticas palabras?

cretar después: «Desde luego, no les sería fácil encontrarlo en los de Madrid (se entiende en los archivos), donde el documento más importante de las relaciones entre Norteamérica y España durante los diez últimos años es la carta del Presidente Roosevelt, que el embajador norteamericano transmitió al Jefe del Estado español en la madrugada del 7 de noviembre de 1943...» («La Vanguardia Española»). Se refiere el corresponsal a la carta que comienza con estas palabras: «Querido general Franco.»

Y ya que hablamos del Mediterráneo no podemos menos que reproducir la noticia publicada en «La Prensa», en la que se da cuenta que el jefe del Gobierno sirio «ha rechazado un ofrecimiento de ayuda por parte de los Estados Unidos, porque ello supondría la intervención de Norteamérica en los asuntos internos del país».

¿Qué posibilidades tiene ese Pacto del Mediterráneo patrocinado por los siete senadores estadounidenses?

Del 13 al 17 de junio

¿QUÉ USO HARÁ TITO

DE LAS ARMAS «ANTICOMUNISTAS»?

El tema yugoeslavo preocupa a los gobernantes occidentales, singularmente a los de Norteamérica. «Un alto funcionario norteamericano —dicen de Washington— ha declarado que la política de Estados Unidos es abastecer al ejército yugoeslavo de una considerable cantidad de armas defensivas. Agregó que se espera que Francia e Inglaterra faciliten también algunas armas defensivas, de conformidad con el acuerdo de las tres potencias, para modernizar el ejército yugoeslavo. Probablemente —añade la noticia—, se enviarán, de modo principal, las armas antitanques conocidas con el nombre de «bazookas»... Las tres potencias occidentales reconocen que el ejército yugoeslavo está en condiciones de inferioridad en relación con los satélites de Rusia.»

Veinticuatro horas más tarde, se anuncia que Norteamérica, Gran Bretaña y Francia concederán un crédito a Yugoslavia por valor de 150 millones de dólares, sin condiciones, además de la ayuda en armas.

La cláusula «sin condiciones» es algo extraña y está en evidente contradicción con la política seguida hasta ahora por el Gobierno norteamericano. Ello podría significar que Tito puede usar el armamento que tan generosamente envía el mundo «anticomunista» democrático, con entera libertad y contra cualquier Estado. ¿Es ésta la interpretación adecuada?

Pero lo que parece más raro, es la prisa que tienen los Estados Unidos en mandar armas a Yugoslavia (¿para quién son en definitiva tales armas?), como si la guerra fuera inminente. Y, sin embargo, de Francfort nos llega la noticia de que los agregados militares, navales y aéreos norteamericanos en Europa, reunidos en aquella ciudad, aca-

ban de «acordar» que «es imposible que dentro del año corriente se produzca la tercera guerra mundial». ¿Cómo pueden asegurar tal cosa esos ilustres agregados?

DATOS SIGNIFICATIVOS

DE LAS ELECCIONES ITALIANAS

Continúan las elecciones en Italia. Y como en las fechas precedentes, los datos que arrojan las urnas suponen un descenso en los votos recogidos por la Democracia Cristiana, aunque en este caso las pérdidas en los comicios signifiquen victorias en los Ayuntamientos y Consejos Provinciales.

De todas maneras, las pérdidas de los demócratas cristianos indican que la amenaza del comunismo pesa todavía muchísimo en Italia. Veamos algunas cifras para comprender el alcance de tales pérdidas y calibrar las ganancias comunistas.

En Turín, los partidarios de De Gasperi y sus aliados obtienen ahora 232.432 votos; en 1948 recogieron 288.189. Los comunistas suman 180.221 votos; en 1948, 174.012.

En Florencia: demócratas cristianos y satélites, 113.181 votos; en 1948, alcanzaron en cambio 142.454. Los comunistas recogen 107.398 votos; en 1948 tuvieron 99.114.

Así, en detalle, las pérdidas de los anticomunistas y las ganancias del partido de Togliati pueden aparecer como de poca monta. Pero examinemos el resultado total de las elecciones en las 58 capitales de provincia y Sicilia:

Demócratas cristianos y aliados:	
1951	2.277.054
1948	3.111.456
Pérdida	834.402
Comunistas y socialistas de Nenni:	
1951	2.453.371
1948	2.194.662
Ganancia (4)	258.709

¿No son estos resultados un indicio elocuente de la situación interna de Italia? ¿No invitan, acaso, a una seria reflexión?

VIGILIA ELECTORAL EN FRANCIA

«Si hubiéramos de juzgar por lo que ven los ojos, nuestra impresión sería que la contienda electoral no despierta interés y que el número de abstenciones tendría que ser en consecuencia extraordinario.» Así ve el panorama francés en vigiliadas de las elecciones, un corresponsal en París. Y concreta: «Los mítines electorales no atraen a la gente. Los electores prefieren irse al cine y dejar que los candidatos hablen a las paredes. Salvo en el gran mitin degaullista en el Velódromo de Invierno, en el cual además de De Gaulle hablaron los grandes personajes del partido, los restantes actos no atra-

(3) Otros resultados:
Socialistas de Saragat: 1951, 546.605 votos; 1948, 580.930 votos. Pérdida: 34.325 votos.
Movimiento Social Italiano: 1951, 536.903 votos; 1948, 150.073 votos. Ganancia: 386.830 votos.
Liberales y diversos: 1951, 437.269 votos; 1948, 271.307 votos. Ganancia: 165.962 votos.

jeron a la gente. Ni siquiera los comunistas que antes eran seguidos por las masas con gran frenesí.»

Ello no es obstáculo para que algunos partidos ensayen métodos especiales de propaganda. «Los moderados o los radicales apenas si han celebrado en París tal o cual acto público, mientras el M. R. P. se consagra especialmente a catequizar a los grupos católicos, a los clubs femeninos y a las congregaciones religiosas por medio de una propaganda directa y personal. En este aspecto los republicanos populares, que disponen de un buen cuadro de damas propagandistas, juegan con gran ventaja.»

La lucha viene determinada por tres frentes: comunistas; «Tercera Fuerza», es decir, coalición de socialistas, radicales y demócratas cristianos, y el «Rassemblement» de De Gaulle. Los degaullistas y los elementos de la «Tercera Fuerza» se presentan como anticomunistas; no obstante, y refiriéndose a los últimos, «Aspects de la France» apostilla: «Que el comunismo representa la traición, ningún francés con sentido común lo pone en duda. Pero ¿qué habéis hecho vosotros, los que os vais, contra el comunismo? ¿Lo habéis puesto fuera de la ley? ¿Habéis hecho condenar sus traidores por Consejos de Guerra? ¿Acaso los señores Moch y Queuille no han avalado los juicios escandalosos de los tribunales militares?»

El período preelectoral está terminándose. Los «enterados» barajan cifras e incluso predicen la composición de la futura Asamblea. En realidad, todos los partidos temen lo peor; todos menos los comunistas y los degaullistas. Estos porque en estas elecciones no tienen nada que perder; aquéllos porque, desgraciadamente, es probable que nada pierdan.

EL ESTADO MAYOR NORTEAMERICANO Y LAS TROPAS ESPAÑOLAS

El general Wedemeyer ha prestado declaración ante la Comisión investigadora del Senado norteamericano. He ahí sus principales puntos de vista, que extractamos de «Le Monde»:

- 1) Apruebo las recomendaciones de Mac Arthur aun en el caso de que esto significase la guerra «con otra potencia».
- 2) Una tregua en el paralelo 38 equivaldría a una derrota psicológica para los aliados.
- 3) Los comunistas impidieron que Truman me nombrara embajador en China en 1946.
- 4) Los jefes de Estado Mayor han creído siempre que deberíamos emplear tropas españolas. El general Franco no representa ningún peligro para nuestro modo de vivir... También ha manifestado: «Creo, señores, que deberíamos luchar en Corea hasta alcanzar una victoria decisiva. Esto o abandonar la lucha. Contener indefinidamente a los agresores sería hacer el juego a un grupo sin escrúpulos del Kremlin.»

Lo que no ha dicho Wedemeyer es cómo sería posible lograr la victoria decisiva, hallándose los Esta-

ACTUALIDAD

dos Unidos en inferioridad militar frente a la Unión Soviética, según el testimonio del general Vandenberg, que recogimos en la quincena anterior. A no ser que Vandenberg esté equivocado...

LO QUE HA HECHO LA SEÑORA FELTON Y LO QUE HA DICHO EL SEÑOR TRUMAN

Mac Lean y Burgess, los funcionarios del Foreign Office desaparecidos, no han podido ser localizados. En cambio, la señora Felton, funcionaria del Ministerio de Planificación del Gobierno laborista, ha sido hallada sana y salva en el mismo Londres después de haber abandonado su puesto y haber hecho un largo viaje que incluyó la Corea del Norte, zona comunista. La señora Felton ha sido solamente destituida del cargo, contra la opinión de algunos laboristas que han considerado la sanción como una violación de las libertades fundamentales.

Decimos solamente, porque mientras la señora Felton se hallaba en la Corea roja, los soldados británicos morían acibillados por las balas comunistas al sur del paralelo 38.

Entre tanto, Truman manifestaba a un numeroso grupo de muchachos granjeros que le visitaron en Washington: «Algunas personas tienen prisa porque yo vuelva a la granja, pero, por mi parte, no tengo ninguna.»

Del 18 al 22 de junio

ELECCIONES EN FRANCIA:

RESULTADOS POR LAS ACTAS OBTENIDAS

Se han celebrado las elecciones en Francia. Los resultados finales, anunciados por el Gobierno, arrojan la siguiente distribución de los 625 escaños de la Asamblea:

R. P. F. (De Gaulle)	118
Socialistas	104
Comunistas	103
Moderados	98
R. G. R.	94
M. R. P.	85
Ind. Ultramar	23

Falta proveer dos puestos, el correspondiente a la Somalia francesa y el de los Establecimientos de Océania.

Comparando los anteriores datos con la repartición de los puestos en la Asamblea desaparecida, ha habido ciertamente una modificación bastante trascendental. En la pasada Asamblea, los escaños se repartían así:

R. P. F. (De Gaulle)	25
Socialistas	99
Comunistas	177
Moderados	86
R. G. R.	60
M. R. P.	143
Ind. Ultramar	19
Izquierdas varias	11

De la comparación resulta evidente lo siguiente:

1) Los degaullistas han obtenido una resonante victoria.

2) Los comunistas han retrocedido notablemente.

3) Los socialistas aumentan su representación.

4) El M. R. P. sufre una positiva derrota.

5) Moderados y R. G. R. logran positivos avances.

Pero la realidad es bastante diferente a semejantes conclusiones, ya que en este caso no están en directa proporción el número de diputados de cada agrupación política con los votos obtenidos respectivamente en las urnas.

Ha de tenerse presente que, excluyendo la zona parisiense en que ha jugado la representación proporcional, en el resto de Francia ha imperado un extraño sistema, hecho a la medida de los partidos de la «Tercera Fuerza», que permite que salgan elegidos diputados ciertos candidatos que obtienen un número muy bajo de votos, mientras quedan excluidos los que han obtenido el 49,9 por 100 del total de los sufragios emitidos. Ello se consigue gracias a la táctica de listas «apparentées».

Semejante táctica, defendida a ultranza por el M. R. P., ha servido admirablemente a los socialistas que, a pesar de perder muchos votos, han logrado mayor número de escaños que en la desaparecida Asamblea.

Una de las pocas circunscripciones en que la unión de listas ha dado un resultado excelente, ha sido la de la Vendée, en la cual, unidos R. P. F. y M. R. P. gracias a los esfuerzos de los defensores de la enseñanza libre, obtienen estos un total de 135.349 votos, o sea, casi cuarenta mil más de los necesarios para lograr el copo de todos los puestos. En la Vendée, por consiguiente, no ha sido elegido ningún candidato comunista, ni socialista, ni radical, ni R. G. R.

RESULTADOS POR LOS VOTOS DEPOSITADOS

Para comprender mejor el carácter de las elecciones celebradas, veamos el número de votos obtenidos por cada uno de los partidos:

R. P. F. (De Gaulle)	4.134.885
Socialistas	2.764.210
Comunistas	5.038.587
Moderados	2.496.570
R. G. R.	2.194.213
M. R. P.	2.353.544

Los comunistas continúan siendo la minoría más importante de Francia. No obstante, sus elegidos están en desproporción evidente con el número de votos obtenidos. En cambio, los socialistas, que tienen aproximadamente la mitad de los sufragios logrados por el partido comunista, se aseguran un número mayor de escaños que éste. Pero aun hay mucho más. En las elecciones

de 1946, los citados grupos políticos obtuvieron las siguiente votación:

R. P. F. (De Gaulle)	313.635
Socialistas	3.431.954
Comunistas	5.489.288
Moderados	2.465.526
R. G. R.	2.281.384
M. R. P.	5.058.307

Examinando los resultados de las elecciones que se acaban de celebrar en relación con los de las precedentes, podemos concluir:

1) Que es cierto que los degaullistas obtienen un resonante triunfo.

2) Que no es cierto que los comunistas retrocedan sensiblemente, ya que de hecho mantienen sus partidarios.

3) Que a pesar de haber aumentado el número de sus diputados, los socialistas sufren graves pérdidas, cifradas aproximadamente en los 700.000 votos.

4) Que el M. R. P. es el gran derrotado de la jornada: 2.700.000 sufragios menos.

5) Que los moderados y el R. G. R. conservan sus posiciones.

Eso es lo que dicen las cifras de votantes, pero eso no se traslucirá exactamente en la futura Asamblea francesa. La «Tercera Fuerza», pese a haber sufrido en su conjunto una derrota, continuará arbitrando de algún modo la situación política. Sin embargo, la mixtificación de las elecciones no puede dar a la larga un buen resultado. Un periódico francés habla ya de los «vencidos por su victoria». Es un admirable resumen, pero puede ser también un terrible augurio...

GRAN BRETAÑA ARRÍA OTRA BANDERA

La bandera persa ha sido izada en la sede de la Anglo-Iranian. Poco después se rompían las negociaciones entre los representantes de esa Compañía y el Gobierno de Teherán.

El jefe del Gobierno, Mohamed Mussadecq, ha dicho en una alocución radiada: «Cincuenta años de imperialismo en Persia han terminado.»

Los ingleses no parecen muy dispuestos a intervenir militarmente, y una nota del Foreign Office asegura que Gran Bretaña tiene «el más vivo interés en evitar todo lo que pudiera empeorar la situación en Persia».

Si es cierta la afirmación de Mussadecq, no lo es menos la realidad de lo que está terminando de veras es el poderío de la Gran Bretaña. Pronto, muy pronto, tal vez, Inglaterra quedará relegada a su isla. El socialismo trabajando al unísono con otras fuerzas incontrables, va realizando eficazmente su perseverante labor.

Quizás sea ésta una de las características más profundas y más impresionantes de la actual postguerra...

SHEHAR YASHUB

CON CENSURA ECLESIASTICA

La Maquinista Terrestre y Marítima, S. A.



Barcelona

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA

Aymerich y Amat



Almacén y Despacho: Alcázar de Toledo, 50
Teléfono 2344 TARRASA

A. L. A. S. - S. A.

Cardenal Casañas, 4, 6 y 8 BARCELONA

Obras existentes en nuestra
Administración que por
su interés recomendamos

Historia de las Sociedades Secretas

VICENTE DE LA FUENTE

3 tomos. . . 45 ptas.

La Inquisición

J. M. ORTI LARA

ejemplar. . . 10 ptas.

La vuelta a los altares

LUIS CREUS VIDAL

ejemplar. . . 25 ptas.

El liberalismo es pecado

FELIX SARDÁ Y SALVANY

ejemplar. . . 4 ptas.

Martín Oliva

SOCIEDAD ANONIMA

Tejidos Algodón



Bailén, 68
Teléfono 25 05 87

BARCELONA

José Fontanals Hill
Hermanos

♦ ♦
FÁBRICA Y ALMACÉN
DE TEJIDOS DE FANTASÍAS

♦ ♦
ALTA NOVEDAD PARA SEÑORAS



Despacho: Gerona, 62 - Teléfono 25 22 17
Fábrica: Puigmartí, 8 (Gracia) - Teléfono 28 43 25
BARCELONA



*Visite las Cuevas
de Artá*

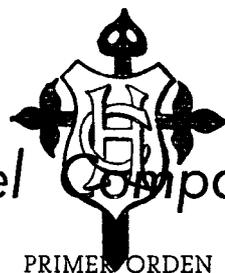
J. Pallares



MOSCAS
MOSQUITOS
CUCARACHAS
POLILLAS
CHINCHES

Igo

D. D. T. DE ACCION RAPIDA Y PROLONGADA



Hotel Compostela

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

LECTOR:

*Varios padres misioneros españoles,
que en las lejanas tierras de la India
han conocido nuestra Revista, son
grandes entusiastas de CRISTIANDAD
¿Quieres costear su suscripción?*

*Telefona al n.º 22 24 46 y se te dará el nombre
de tu favorecido*